

# La Ilustración Artística



AÑO XVIII

BARCELONA 25 DE SEPTIEMBRE DE 1899

Núm. 926

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN ORACIÓN, cuadro de L. Rossi



# SUMARIO

**Texto.** — *De Europa*, por Emilia Pardo Bazán. — *D. Leonardo Pereira*, por R. Monner Sans. — *Cándido y su llegada*, por A. Sánchez Pérez. — *República Argentina. Buenos Aires. Meeting del Comercio*, por Justo Solsona. — *Guerra de Filipinas. Evacuación de Zamboanga.* — *Paréntesis. Ocaso*, por León Roch. — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *Corazón de sacerdote*, novela ilustrada (continuación). — *Distintivos é insignias del ejército filipino.* — *El sentimiento de la caridad en los pájaros*, por A. Milne-Edwards. — *Combustión espontánea de los henos.*

**Grabados.** — *En oración*, cuadro de L. Rossi. — *D. Leonardo Pereira.* — *República Argentina. Buenos Aires. Meeting del Comercio.* — *Guerra de Filipinas*, catorce grabados que reproducen vistas fotográficas de la evacuación de Zamboanga. — *D. Salvador Landa*, capitán del vapor mercante *Uranus*. — *Una venta en España*, cuadro de Alvarez Dumont. — *Horas de asueto*, cuadro de K. Raupp. — *Carlos M. Murphy*, ciclista americano. — *El mayor «record» de la velocidad en bicicleta.* — *El vagón entrenador durante la carrera realizada por Carlos M. Murphy en Long Island (Estados Unidos).* — *Guerra de Filipinas. Distintivos é insignias usadas en el ejército filipino.* — *Jesús y sus discípulos*, cuadro de Augusto de Brandis.

## DE EUROPA

Parto de los montes, y como el del fabulista parto ridículo, ha sido, en opinión de cuantos de él hablan — del mundo entero, — el desenlace del célebre y estruendoso proceso del capitán Dreyfús. Componenda que aspira á satisfacer á todos, y en realidad deja á todos quejosos y lastimados profundamente en los intereses morales y en las ideas que el proceso agitó y sacó á la superficie, es poco ó nada para los unos, demasiado para los otros, y para cualquiera que tenga rectitud y convicciones y aspiración á la justicia, sea en forma de castigo ó en forma de rehabilitación, el más repugnante pastel de verano que pudieron amasar manos francesas, en la tierra de la fina repostería y de los hornos siempre en punto.

Los partidarios acérrimos é incondicionales de Dreyfús quedan, con el fallo del consejo de Rennes, autorizados para gritar que esa pena relativa, amenguada, tan diferente de la primer condena terrible, es explícita confesión de la inocencia del presunto delincuente. A su vez los enemigos de Dreyfús, los nacionalistas y militaristas y los que confunden el Evangelio con el Talmud y son judíos carnales disfrazados de cristianos, no dejarán de clamar que tal condena equivale á una absolución, y que el prestigio del ejército, tan invocado para abrumar á Dreyfús y arrastrarle á las gemonías, sale peor parado de esta combinación, delatora del estado íntimo de los jueces, que si no ven por unanimidad la inocencia del acusado fulgurando con meridiana luz, por lo menos comprobaron una serie de ardides y maquinaciones contra un hombre, al cual no se atreven á enviar otra vez á Cayena, para acabar la poca vida que le resta ya.

\* \*

Es la nota más triste de ese proceso tristísimo: cómo se puede matar sin arma alguna, lentamente, á un reo, ahora lo mismo que en los tiempos de las Bastillas y los torreones inexpugnables. Dreyfús, dicen los periódicos, no digiere: su estómago soporta únicamente, y todavía con marcada repugnancia, con náuseas, la leche; á los treinta y nueve años, representa sesenta cumplidos. ¿Qué se disputan los partidos de Francia en su saña y encono? Un resto, un despojo de naufragio, un ser que nunca volverá á disfrutar de la existencia, de sus alegrías y de sus goces. — Quien ha perdido el estómago, quien no digiere, decía Voltaire, no tiene nada, no posee cosa alguna, aunque sea dueño de todas las riquezas y bienes de la tierra, aunque ciña corona y le cerquen de rosas las beldades. — Dreyfús sólo necesita un rincón de hogar y una asistencia médica esmerada. Los que conocen algo la influencia capital y decisiva de las funciones de la digestión en el organismo, no extrañarán, de seguro, la atonía de Dreyfús, su calma mortuoria en presencia del tribunal. Sin estómago no hay sangre, sin sangre no hay fuerzas, ni para lo malo ni para lo bueno. Dreyfús sólo querrá que le dejen, que le permitan recostarse ó acostarse para morir. En la inmensa fatiga de su cuerpo y de su espíritu, ni aun cabrá el deseo de exclamar una vez más: «¡Soy inocente!» Sentirá que desfila ante sus ojos apagados, reflejándose turbiamente en el interior espejo de su conciencia, una procesión de sombras, una fantasmagórica representación en la cual se encuentra asociado, pero que ya no le interesa. Disfrázase de re-

signación el agotamiento; de paciencia, la ruina del ser; de apatía, el fin y remate de la pujanza vital. Así se explica la reiterada respuesta de Dreyfús al preguntarle el presidente, después de las innumerables declaraciones que le acumulaban cargos mal definidos, preñados de mala voluntad, de odio latente, si tiene algo que objetar: «Nada, mi coronel.»

\* \*

No me cuento en el número de los que, por la solución del proceso Dreyfús, acriminan á Francia entera y vaticinan nada menos que el fracaso de la gran Exposición con que el pueblo francés se dispone á echar llave de oro al siglo. — Al contrario, y sin necesidad de ser arúspice y de consultar las entrañas de la infeliz víctima de la isla del Diablo, pronostico que se equivocan los profetas pesimistas. Francia, en primer lugar, no se compone únicamente de las veinte mil personas (si son pocas alarguémonos hasta sesenta mil, contando á los ligueros, á los judíos ricos, á los simpatizadores) á quienes ha puesto en eferescencia directa el proceso Dreyfús. Francia es una nación de trabajadores, agricultores, industriales, comerciantes, científicos, que han visto desde lejos la algarada y no han tomado en ella parte activa. La misma tranquilidad observada en Rennes ha podido comprobarse en el resto de la nación; París no ha alterado su método y su laboriosa existencia; y es en el extranjero, desde afuera, donde vemos encrespase la opinión, solicitada por lo emocional de tan célebre causa. Decíase antaño que la ociosidad es madre de todos los vicios, y que quien trabaja no tiene tiempo que mal perder. Francia, no lo dude nadie, es una perseverante y sana trabajadora. Su amor al trabajo y su instinto de economía la han enriquecido. Hay en Francia dinero, no capitales fabulosos de archimillonarios, sino muchas fortunitas sólidas, bien administradas y equilibradas, caudal repartido en infinitas manos inteligentes, que lo hacen producir; en gentes que no se creen autorizadas para entregarse al ocio porque ya tengan lo necesario; en una clase media sólidamente arraigada, sensata, precavida. País que en tales condiciones se encuentra, no está propicio á dejarse subvertir por una cuestión en la cual, si á fondo se mira, no se hallan comprometidos más que intereses puramente de bandería y de secta. No haga caso Francia (conociendo su cordura harto entiendo que no lo hará) de los que le anuncian, con pavorosa entonación, que ha perdido su honra en la cuestión Dreyfús. El fallo de algunos jueces, aun el fallo más inicuo, no puede entrañar deshonor colectiva. Las tramoyas, las conjuras que en esto pueden haber actuado, no son bastante para manchar á Francia, porque la opinión se ha inscrito en contra de tales manejos desde el primer día, y la opinión, incorporea, pero resistente y firme, es el verdadero pedestal de la dignidad de un pueblo. Si Dreyfús es condenado en otra nación de Europa, á estas horas sigue pudriéndose ó disolviéndose bajo el sol implacable de Cayena. Pues qué, ¿se reivindicará así la legalidad en parte alguna? ¿Quién osará afirmarlo? ¿Se lleva con tal persistencia una campaña de revisión en los demás países? ¿No indica esto solo en Francia un sentido de la justicia que hace su más alto elogio?

\* \*

Quisiera explicar bien mi criterio. Yo no he llegado á formar juicio claro y terminante en lo relativo á la inocencia de Dreyfús. No me sorprendería si se hubiese demostrado su culpabilidad; no soy de los que hicieron de él un mártir y de su virtud un dogma. Pero lo mismo que digo esto, digo que siempre creí que se le había condenado arbitrariamente, sin pruebas, y según fueron desarrollándose los incidentes de la campaña revisionista y del proceso, se confirmó mi suposición y apareció de realce que no sólo sin pruebas, sino con odioso enredo de falsificaciones y delitos penados en el Código y reprobados por el honor militar, si tal honor es algo más que un nombre, se había condenado á Dreyfús. Y esto solo fué suficiente para que la revisión me pareciese simpática, y el pueblo en que tal revisión llegó á encarnar en la realidad, un pueblo moderno, civilizado en el mejor sentido de la palabra. Que de la revisión se haga argumento para baldonar á Francia, es mayor injusticia que la de la primer condena de Dreyfús. Francia, en conjunto, ha estado á la altura de su puesto y de su nombre. La timidez de los jueces de Rennes no alcanza á Francia entera, ni puede empañar su fama, ni desacreditar á su gobierno, ni á sus instituciones, ni justificar el *tole tole* ridículo que contra Francia se mueve en países de Europa, inferiores seguramente á Francia en respeto al derecho y á la libertad del hombre.

Con razón sobrada preguntan los franceses qué pueblo es el que se cree autorizado para arrojarles la primera piedra. No serán los ingleses, ocupados concienzudamente en ensebar la cuerda y en preparar el nudo corredizo para ahorcar á los valientes y honrados *boers*. No serán los yanquis, que llegaron á Filipinas pregonando la redención de la raza tagala, y ahora se dedican á ametrallarla sin descanso, á freirla hasta que se reconozca súbdita y vasalla del estrellado pabellón. No será Rusia, donde todavía Siberia recibe cuerdas de deportados, y en la frontera se decomisan los libros y los periódicos, y la policía ladra como dogo feroz al que se asoma á la puerta. No será España, donde.... (En estos puntos suspensivos ponga el lector español lo mucho que sabe y que se le ocurre de seguro inmediatamente). No será Austria, donde los judíos sufren cruel persecución mortífera, donde se les degüella casi á mansalva, y la sangre tiñe las calles, sin que la opinión se conmueva ni comprenda que eso es horrible, inicuo, diez y nueve siglos después de que Jesucristo murió en la cruz. No será Alemania, donde una pobre mujer, una princesa de la sangre, por un amoroso devaneo es recluida durante su vida entera en una casa de locos, ni más ni menos que si estuviésemos en la Edad Media. No será Serbia, donde atormenta, encarcela y ejecuta el atroz Milano...

\* \*

Francia se levantará redimida de esta pasajera crisis. Son los últimos destellos de una hoguera extinguida, los que vistos á distancia simulan incendio. Se anuncia ya la pacificación de los espíritus; el complot orleanista ha abortado, en medio de la ironía y la indiferencia universales; *Fort Chabrol*, que acaso creyó ser foco de intensa llama, se ha convertido en candileja de alegre verbena parisiense, pues divierte y no hace daño; y las pasiones desatadas de unos cuantos energúmenos van á desaparecer entre el glorioso brillo del Certamen, que una vez más colocará á Francia en el lugar que le corresponde. Iremos á París el año que viene y encontraremos un pueblo grande y una residencia deliciosa. Ya lo veréis.

\* \*

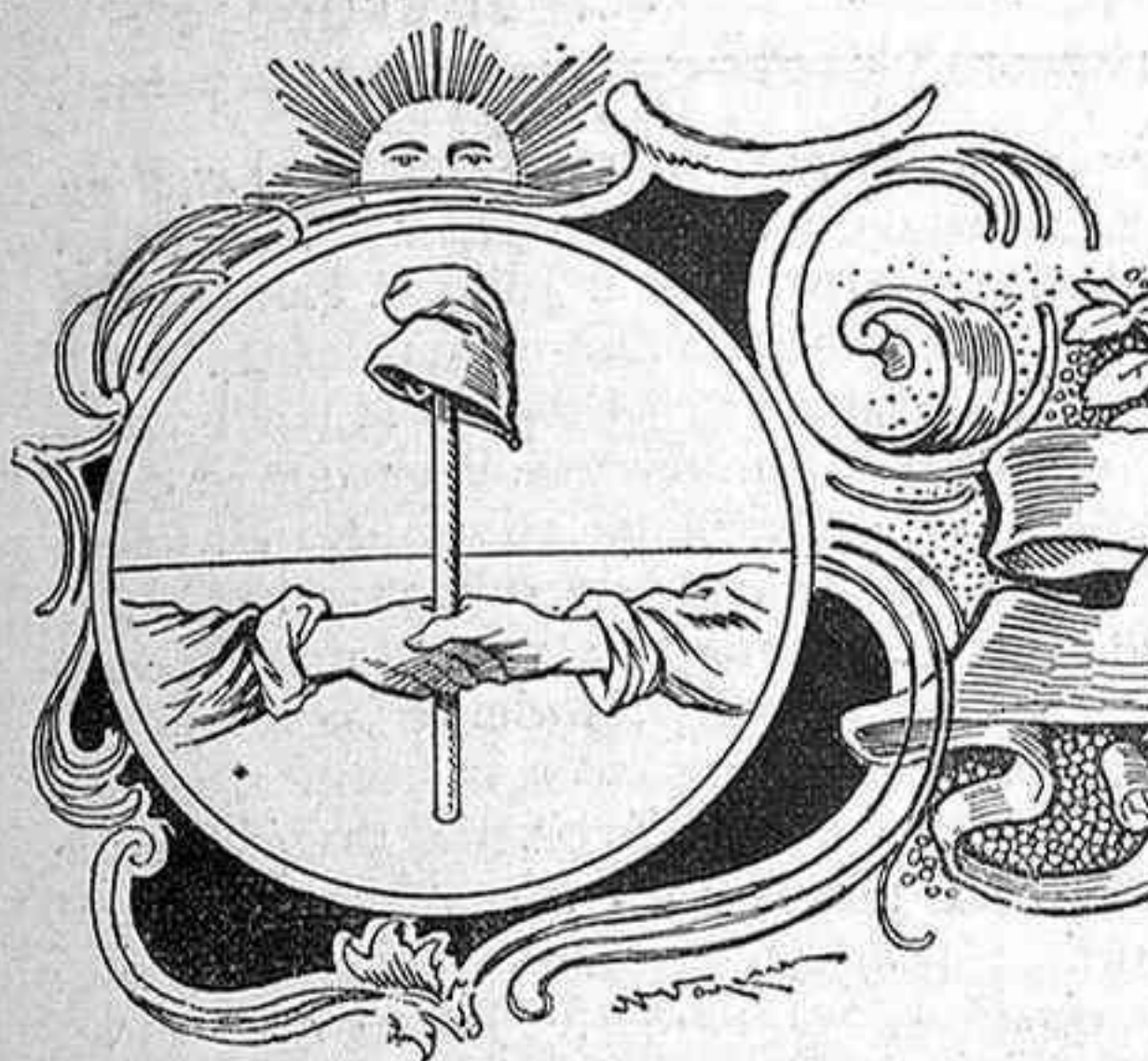
Con todo eso es lástima que los jueces de Rennes no hayan desplegado el valor que el caso requería. A falta de pruebas, la absolución era inevitable. Demostrado que para condenar á Dreyfús la primera vez se había apelado á expedientes reprobados é ilícitos, también se imponía la absolución. Tuviesen de Dreyfús en su alma el concepto que quisiesen — ahí no puede penetrar la ley, — había que reconocer el error y el abuso cometidos. Error he escrito, y debí escribir errores. Error convertir á los oficiales de Estado Mayor y á los generales en espías y polizontes; error atribuir á la desaparición de documentos sin trascendencia carácter de cuestión vital para la patria; error obstinarse en el ciego desvarío de una serie de falsificaciones y trapisondas para abrumar á un culpable hipotético, cuyo delito no había medio de demostrar; error recargar la pena, haciendo del deportado una especie de novelesca *máscara de hierro*, multiplicando precauciones y rigores, convirtiéndole en la más desventurada de las criaturas, exagerando de un modo risible si no fuese doloroso el castigo, cargándole de cadenas y grillos, reeditando un folletín del romanticismo ó un capítulo de *Rocambole*; error, en fin, el asociar cosas que deben ser tan elevadas y tan serias como el honor del ejército, la idea religiosa y el concepto de nacionalidad, á una intriga policíaca, igualmente aborrecible si va contra un inocente que si va contra un espía, porque el derecho, como derecho, es igual para todos.

\* \*

Yo no sé si en el caso de los oficiales franceses le daría la mano á Dreyfús; yo sé que nunca me valdría contra nadie, ni contra el propio Judas, de ciertos recursos. *Non sunt faciendá mala ut eveniant bona*, debemos repetir con los teólogos, honra de la Iglesia católica, que han establecido que por malos medios no hay buenos fines, ni siquiera buenos principios. Suponiendo á Dreyfús criminal, ignoro qué ventaja le lleven los falsarios y embrollones asociados para perderle. Y por eso, y sólo por eso, lamento que los vocales del Consejo de Rennes no hayan tenido virilidad, y no le hayan absuelto libremente; y deseo que el tribunal de alzada ó de casación sea más resuelto, y corte el nudo gordiano con la espada de Temis — la más limpia de las espadas, cuando la esgrimen manos puras.

EMILIA PARDO BAZÁN





## D. LEONARDO PEREIRA

### D. LEONARDO PEREIRA

No era un sabio — ¡ni siquiera era doctor! — pero fué en vida un gran patriota. Dueño de una colosal fortuna, sus cualidades descollantes eran la modestia y la caridad. Era D. Leonardo un hombre que conservaba el culto de las creencias católicas heredado de sus mayores, y su fe, no la fe muerta de que hablaba San Pablo, sino la que vivifica en la caridad humilde é ignorada por los que no la habían menester: socorría y aconsejaba, y ¡cuántas veces, si el óbolo mitigaba dolores físicos, sus paternales consejos suavizaban morales dolencias! El grano así sembrado fructificó siempre, y la fortuna que recogiera de manos de sus padres, á sus hijos la entregó centuplicada en medio de las bendiciones de un pueblo.

Liberal-conservador, no era partidario del progreso á saltos: gustábase seguir su camino con lentitud y seguridad, sabiendo que las precipitaciones suelen malograr no pocas causas, y recordando con el pueblo que «al hombre prudente Dios le endereza la simiente.»

\* \*

Cuarenta y cinco años hace que introdujo en el país el primer toro de raza Hereford, previendo en la *mestización* ó cruce, que entonces comenzara, el verdadero progreso y segura fuente de riqueza nacional. Su toro *Ras*, descendiente de aquél, empató el gran premio con el primer campeón de Inglaterra en la última Exposición Internacional, demostrando de esta suerte, y con argumento irrefutable, que la cabaña del Sr. Pereira puede sostener competencia con la mejor del mundo. Una vez que se le propuso comprar un lote de 120 carneros importados contestó: «Bastan 8 ó 10.» y agregaba en el seno de la confianza: «¿No les parece que no me ha ido tan mal con este paso!»

\* \*

Aunque de ideas políticas conservadoras, dentro del único credo aquí existente, el republicano, nunca dejó de cumplir sus deberes cívicos, y de aquí tomó pie la maledicencia para atribuirle complicidades en el movimiento militar de 1893. El que, poco antes de este movimiento, facilitaba un poco de dinero, exigiendo de la acaudalada persona que lo recibiera formal palabra de que se destinaba al pago de alquileres, muebles y empleados del Casino político, porque — decía — «no quiero dar un peso para revoluciones,» se vió luego desterrado por un gobierno en extremo receloso, que así creía consolidarse. Tal injusticia no le arrancó una sola queja, antes bien criticó duramente la intentona militar, considerando que por caminos tortuosos nunca se llega á seguro puerto. «Así se empezó en Montevideo,» dijo, aludiendo con esta frase á los motines militares y al predominio del ejército que tantos estragos ha causado en la vecina república.

Como político figuró muy poco, pues rehusó siempre las candidaturas que se le ofrecieron, y si alguna vez prestó su nombre fué tan sólo cuando creyó que la aceptación implicaba un sacrificio.

\* \*

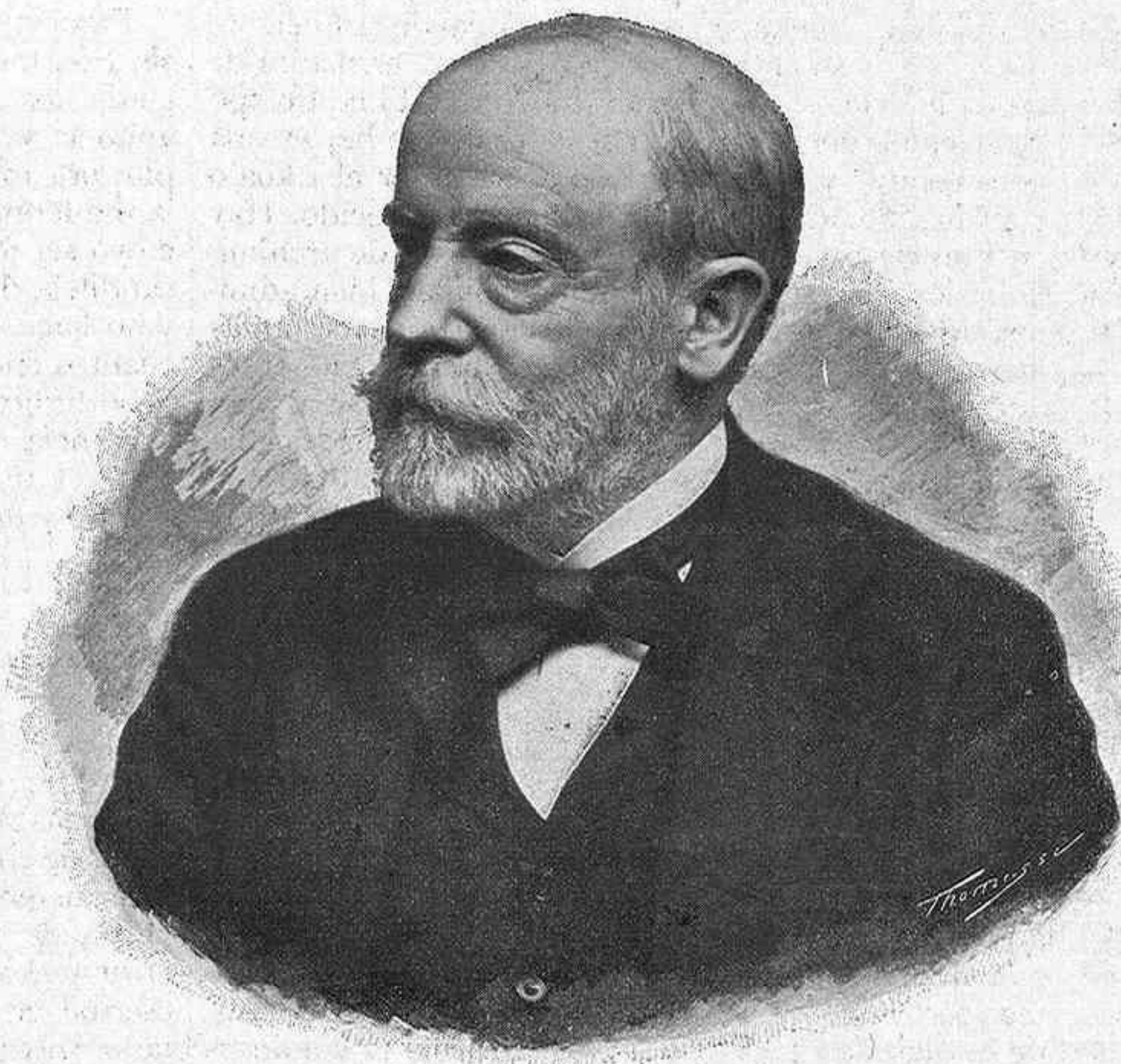
Como hombre de pensamiento, el Sr. Pereira estaba dotado de una gran inteligencia y de un raro sentido común. Su espíritu observador le permitió al célebre doctor Avellaneda asegurar que «D. Leonardo era uno de los críticos más agudos con que contaba la Argentina.»

\* \*

En su última, larga y penosísima enfermedad, era su constante preocupación que el desenlace, fatal-

mente previsto, lo encontrase fortalecido cristianamente para el largo viaje, agradeciendo al cielo que le hubiese permitido enseñar y edificar á los suyos con el ejemplo.

Al bajar recientemente al sepulcro, pudo ya ver realizado en gran parte el sueño de su vida, el rápido desarrollo de la ganadería argentina; de suerte que alrededor de su modesto féretro se agruparon todas las clases sociales, los políticos admiradores de sus virtudes cívicas, los favorecidos de la fortuna, porque D. Leonardo brillaba entre ellos más que por la ostentación de su inmensa riqueza, por su modestia, y los pobres, á quienes con mano pródiga socorría, y no creo engañarme al suponer que las sinceras lágrimas del agradecimiento más que las plega-



D. LEONARDO PEREIRA

rias de banqueros y políticos, habrán alcanzado al venerable argentino la bienaventuranza eterna.

¡En los positivistas tiempos que corremos son tan raros los hombres que como el Sr. Pereira hacen la caridad *propter Deum!*

R. MONNER SANS

### CÁNDIDO... Y SU LLEGADA

Cándido Dolú, ó — como sus amigos lo nombran — Candidito, no es el Cándido famoso del impío Voltaire, ni el Candidito, no tan famoso aunque relativamente célebre, de Enrique Gaspar; más se parece al segundo que al primero; pero, lo repito, no es ninguno de esos dos muchachos.

Es crédulo, bonachón, sin pizca de malicia y con menos coraje que un cordero. — Estudió mucho, aprendió algo y dió crédito á los que, para estimularlo, le dijeron que valía; aunque no le dijeren precisamente para qué. — Desde su pueblo — un pueblo como cualquiera otro — se trasladó á Madrid, porque los parientes de Cándido le habían dicho también: «En la corte, hijo mío, el que *vale*, *llega*; y como tú vales, seguramente llegarás.»

Nunca le explicaron cómo, ni cuándo, ni adónde. A Madrid sí llegó, ya lo creo; y llegó sin tropiezo, y casi á la hora reglamentaria que marcaba la *Gula*. — Y en Madrid está hace ya muchos años, sin que en todos ellos haya podido llegar á ninguna otra parte.

«Busca y hallarás,» enseña el Evangelio; «Llamad y se os abrirá,» dicen también los sagrados libros; Cándido se ha pasado buscando la mayor y mejor parte de su existencia y nada ha encontrado todavía.

Ha llamado á muchas puertas y aún no le han abierto ninguna.

Pero él *vale*, de eso está seguro, como que se lo repitieron sus parientes en muchísimas ocasiones; y también está seguro de llegar, porque el que *vale*, llega; y la regla no falla.

Lo que sucede es que Cándido ha tenido muy poca ó ninguna constancia; no persevera en sus propósitos, no es tenaz en sus empresas, y por eso se queda siempre á mitad de camino; ó más atrás, si á mano viene.

Se le puso en la mollera ser político y buscar por la política sus medros personales; pero, por supuesto, obrando con sinceridad siempre y defendiendo lo que, á su juicio, era razonable y verdadero.

Que la política *hecha* así y tan candorosamente entendida le dió muchísimos disgustos y le produjo amarguras y quebrantos innumerables, no es menester decirlo. — Cándido se convenció de que no adelantaba un paso. Sus amigos de la universidad, sus contertulios del café, sus camaradas del Ateneo, que con él habían formado grupo de aspirantes, iban desapareciendo; Cándido dejaba de verlos durante algunas semanas, y de pronto, alcanzaba á vislumbrarlos allá, lejos, muy lejos, en las alturas del poder ó en las cumbres de la celebridad. Miraba entonces en rededor suyo y advertía que formaba parte aún del grupo de aspirantes, sólo que ya los aspirantes que lo rodeaban eran otros; todas aquellas caras eran caras nuevas y para él completamente desconocidas.

No desesperaba Candidito por eso; continuaba creyendo que llegaría, y se decía, para explicar la tardanza, que aún no habían llegado *los suyos*. — Lo peor del caso es que el pobre Candidito no tenía *suyos*, ¿qué había de tener?, y se iban unos y venían otros, y subían éstos y bajaban aquéllos, y *los suyos* no llegaban nunca; ni él tampoco, por consiguiente.

Comprendió entonces el infeliz que no lo llamaba Dios por el camino de la política.

«¡Bah!, se dijo, torpeza mía ha sido, y torpeza insigne, no conocer que mis inclinaciones, mis estudios y mi carácter me impulsan al ejercicio de la nobilísima profesión del magisterio. ¿Para qué me hice doctor en Filosofía y Letras, sino para aspirar á una cátedra?»

«Cierto que me faltan relaciones en esa carrera. Si el tiempo que he perdido dedicándome infructuosamente á la política — ese inmoral juego de compadres — lo hubiera consagrado á cultivar relaciones con el personal docente de nuestros establecimientos de enseñanza, otra sería hoy mi situación.

«Pero, en fin, si no puedo, como el vulgo dice, agarrarme á buenas aldabas, procuraré suplir con la aplicación y con el estudio lo que me falte de favor y de recomendaciones.»

Y estudió, estudió, estudió cuanto le fué posible estudiar y firmó las primeras oposiciones, que vió anunciadas después de haber adoptado determinación tan juiciosa.

Seis años han transcurrido desde que en el periódico oficial se anunció la vacante que Cándido pretende. En aquel anuncio se fijaba un plazo de tres meses para que los aspirantes presentasen sus solicitudes, sus programas y los documentos que, en estos casos, determinan las disposiciones vigentes.

Candidito llevó sus papeles muy arreglados; solicitó y obtuvo un recibo de la *Dirección de Instrucción Pública...*, y así está desde entonces, aguardando á que un día ú otro, ahora ó el siglo que viene, lo avisen para dar comienzo á los ejercicios.

La cátedra, como es natural, está desempeñada por un supernumerario; que, según dice la gente murmuradora (que nunca falta), será el que, por fin de cuentas, se *quede* de catedrático numerario.

Cándido no sospecha eso; en el corazón de Cán-



dido no tiene cabida la doblez; pero comprende que por este camino de las oposiciones tampoco lleva trazas de llegar... á puerto, ni á ninguna parte.

Y lo más triste — lo más triste para Cándido — es que ya quedándose sin dinero y que, naturalmente y por añadidura, va haciéndose viejo.

Esto de la vejez no ha sido nunca gran recomendación para nada, y lo es mucho menos para el oficio de pretendiente.

Cándido, ó D. Cándido, como ahora lo llaman los que respetan la ancianidad, continúa creyendo que *vale*, y piensa que podría hacer muchas cosas que otros hacen y hasta que acaso podría hacerlas mejor que ellos; pero la verdad es que ni halla puerta que se le abra, ni sendero que no le obstruyan, ni hori-

aquí otra retahíla de nombres) sean personajes, disfruten cesantías, cobren jubilaciones, y yo, que *por lo menos* valgo lo mismo que ellos, no haya entrado en turno todavía. De todas maneras espero ver realizadas las predicciones de mi maestro y de mis parientes; ellos me vaticinaron que llegaría, y en efecto, á mí se me figura que ya *no tardaré mucho en llegar á... San Bernardino.*

¡Pobre Cándido!

Pocos días después de haberme dicho todas esas cosas y otras que no recuerdo, me escribió desde el hospital una carta muy sentida y muy cariñosa, que concluía con estas palabras: «*Ya he llegado.*»

A. SÁNCHEZ PÉREZ

y armonizar intereses y voluntades, desfiló el *meeting* por delante la Casa de Gobierno, saludando al presidente de la República general Julio A. Roca, quien desde uno de los balcones presencié el desfile. A petición de los manifestantes, les dirigió la palabra, diciendo en uno de los primeros párrafos de su corta peroración que se congratulaba al ver usar en forma tan correcta y respetuosa los derechos de la Constitución, y que no dudasen que se haría justicia estudiando los poderes la petición del comercio, cuyo interés era el de la nación.

En el paseo de Julio disolvióse la manifestación sin haber ocurrido el percance más insignificante.

JUSTO SOLSONA



REPUBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. MEETING DEL COMERCIO CELEBRADO EN 28 DE JUNIO ÚLTIMO. LA COMISIÓN SALIENDO DEL CONGRESO PARA DIRIGIRSE Á LA CASA ROSADA Á SALUDAR AL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA (de fotografía de D. Bernardo González, remitida por D. Justo Solsona)

zonte que no vea obscuro, ni esperanza que no se le desvanezca.

«Mire usted, suele decir cuando tropieza con alguien que lo escuche, no me he tenido nunca por un genio, no, señor; soy y he sido siempre una medianía, como tantas otras que por ahí andan y bullen y brillan; vamos, lo mismo que la mayor parte de los hombres; porque no me negará usted que las medianías son más abundantes que los genios. Pero crea usted que lo que hacen *Fulano* y *Mengano* y *Zutano* (y empieza á mencionar nombres de personajes políticos, y de literatos famosos, y de catedráticos eminentes), ya lo haría yo tan bien como ellos, ó acaso mejor que ellos.

»Pues ¿por qué ellos han llegado á eso y yo no doy un paso adelante? ¿Resultará falso ese aforismo tan halagüeño, para los que han llegado, de que quien *vale*, llega? — No (se replica él á sí mismo), no; el aforismo es exacto; solamente que está incompleto; debe formularse así: «*todo el que vale, llega; pero no todo el que llega vale.*» ¿Me entiende usted? Los que verdaderamente valen se abren camino al fin y al cabo; tardan más ó tardan menos, pero se lo abren. Con esos que valen llegan también, y suelen llegar mucho más pronto, otros que no valen, y los puestos ocupados por estos últimos son los que faltan á los hombres de valer que van quedándose rezagados, y que si viven mucho, llegan al fin, cuando son viejos; pero que suelen morir antes de haber llegado.

»Sólo así se explica que éste y aquél y el otro (y

## REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES. — MEETING DEL COMERCIO  
celebrado en 28 de junio último

Fué la manifestación más grande y más unánime que desde su constitución vióse jamás en la República Argentina. A pocos días de lanzada la idea, llevóse á cabo por haber tomado cuerpo tan rápidamente que parecía estar en la mente de todos los comerciantes. A miles suben las adhesiones que de todas las provincias recibió la comisión organizadora, y muchas fueron las representaciones que de diferentes puntos vinieron á engrosar el grandioso *meeting* del comercio bonaerense.

Las tiendas y casas de comercio permanecieron cerradas todo el día; llevándose la consigna á tal extremo, que ni las de los más lejanos barrios dejaron de cumplirla. Fenómeno de unanimidad.

La columna desfiló por la Avenida y plaza de Mayo, y al llegar frente al Congreso, la comisión penetró en el local, poniendo en manos del presidente de la Cámara de Diputados una bien meditada memoria, exponiendo, con acopio de datos, las dificultades con que tropieza el comercio por lo elevadísimo de las tarifas é impuestos y por la forma de percibirlos, onerosa y molesta para el comerciante.

Después de breves frases del presidente de la Cámara encaminadas á tranquilizar los ánimos, prometiendo poner en el Congreso todo el empeño para unir

## GUERRA DE FILIPINAS

EVACUACIÓN DE ZAMBOANGA

Continuando la interesantísima información gráfica que de su última excursión nos ha enviado nuestro inteligente y celoso corresponsal en Manila señor Arias y Rodríguez, publicamos en el presente número varios grabados relacionados con la evacuación de las tropas españolas de Zamboanga, últimas que, aparte del heroico destacamento de Baler, abandonaron el Archipiélago filipino.

De los datos explicativos que con las fotografías nos remite el Sr. Arias, entresacamos los siguientes, que creemos han de leer con gusto nuestros suscriptores.

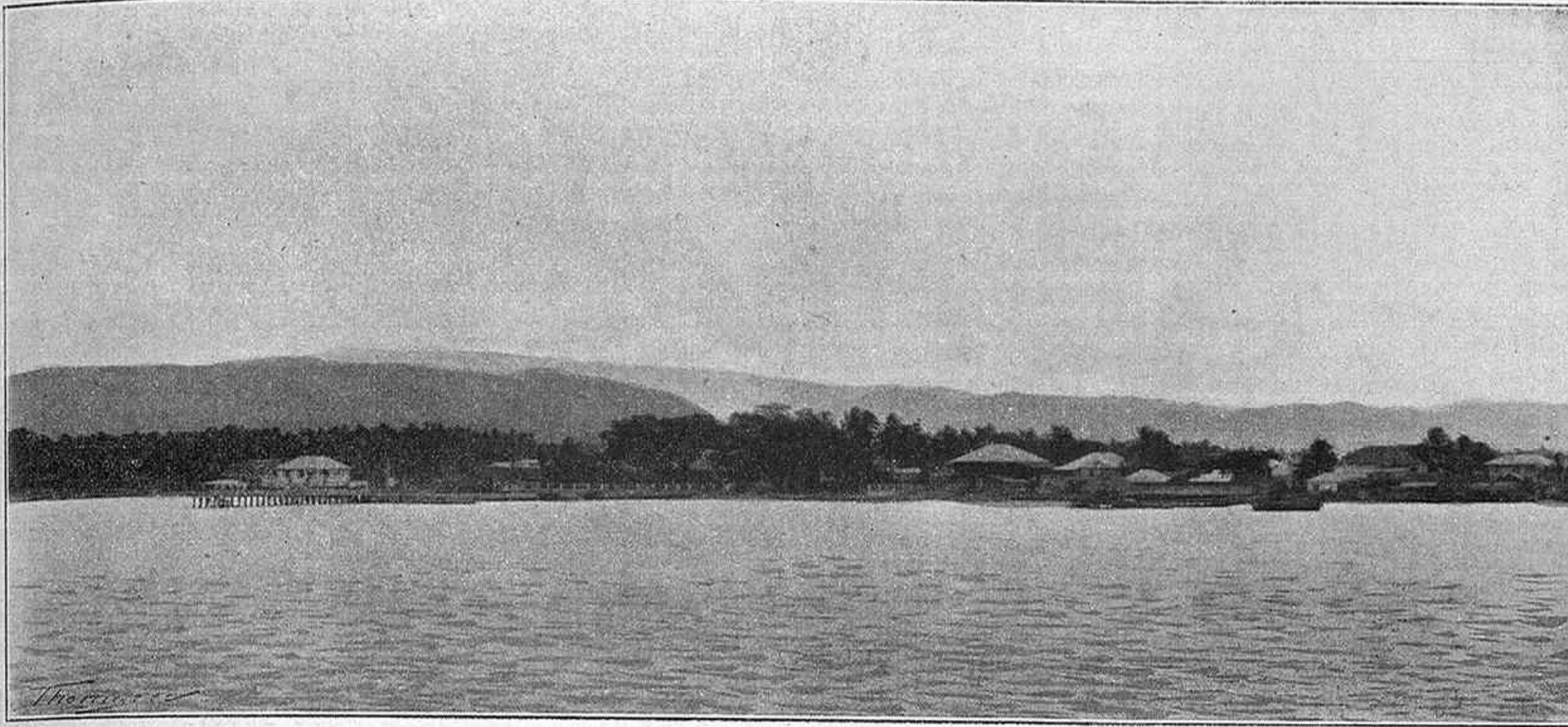
El día 15 de mayo salió de Manila el transatlántico *Puerto Rico* llevando á bordo al general Ríos, á quien acompañaba, previo especial permiso, nuestro corresponsal. En la mañana del 19 fondeaba el vapor frente á Zamboanga, en cuyo ancladero estaba el vapor mercante *Dos Hermanos* y el cañonero norteamericano *Castine*.

Desembarcó el Sr. Arias y pudo ver que los soldados, unos se encontraban en las trincheras, y otros ocupados en transportar cajas de fusiles, municiones, documentación y equipajes al *pantalán* ó embarcadero para desde allí trasladarlos en lanchones y botes á bordo del *Puerto Rico*. La totalidad de las casas del barrio viejo estaban completamente abandonadas



y en el resto de la población sólo se veían muy contadas mujeres y chiquillos y algún que otro viejo: las calles estaban sembradas de trapos, restos de vestidos y

El día 21 presentóse al general Ríos otra comisión de filipinos para manifestarle su disgusto por el incendio del día anterior y entregarle una exposición muy sentida y razonada, suscrita por nueve de sus principales jefes, protestando contra lo que se decía de haber sido los insurrectos los causantes de aquel gran siniestro.



GUERRA DE FILIPINAS. - VISTA PANORÁMICA DE ZAMBOANGA (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

El día 22, en que continuaron las operaciones de carga, llegó á Zamboanga el transatlántico *León XIII* que, procedente de Joló, conducía al general Huertas, á los jefes, oficiales, soldados y material de guerra que en aquella isla teníamos, y en seguida se embarcaron en dicho vapor bultos con material de guerra, equipajes y fuerzas de la guarnición zamboanguense.

En la tarde de aquel día trasladóse nuestro corresponsal desde el *Puerto Rico* al *Uranus*, en el que debía continuar su expedición á Baler, de la cual nos ocupamos en el número 924.

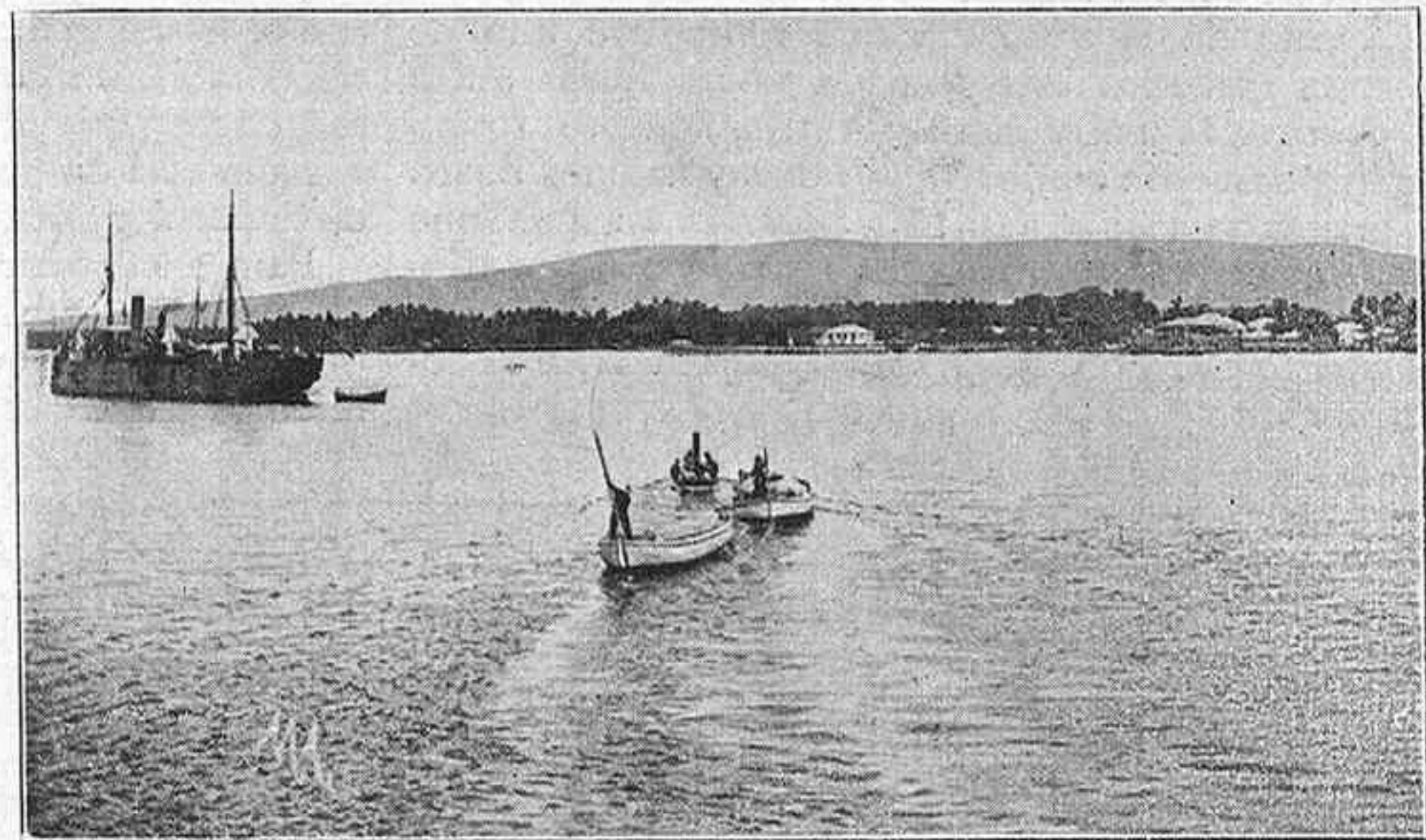
El día 23, el transporte de guerra *General Alava*, que se hallaba también en aquellas aguas, y el *Uranus*, se trasladaron al fondeadero de Isabela de Basilán para facilitar el primero al segundo carbón hasta completar las 130 toneladas que necesitaba para hacer el

trozos de muebles, de los que sirvieron en los primeros momentos para construir las trincheras desde las cuales defendiéronse heroicamente nuestros soldados.

viaje á Baler y desde allí á Manila. Terminada esta operación el día 24 ambos buques regresaron á Zamboanga: al llegar allí se arriaron los botes, que con los del *León XIII*, *Puerto Rico* y *Dos Hermanos* se dedicaron á embarcar las tropas é infinidad de mujeres, chiquillos y algunos indígenas que no querían



GUERRA DE FILIPINAS. - INCENDIO DEL BARRIO VIEJO DE ZAMBOANGA. SITIO EN QUE TERMINÓ EL INCENDIO POR LA PARTE IZQUIERDA, FRENTE Á LA GRAN PLAZA DEL PUEBLO (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).



GUERRA DE FILIPINAS. - GABARRAS CON CUBIERTA QUE Á SU BORDO CONDUJO EL TRANSATLÁNTICO «PUERTO RICO» PARA TRASLADAR LA CARGA DESDE ZAMBOANGA Á DICHO BUQUE Y DESPUÉS AL «LEÓN XIII.» A LA IZQUIERDA SE VE EL BUQUE DE GUERRA NORTEAMERICANO «CASTINE» (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

El día 20 continuó el embarque de armas y demás, y al mediodía presentóse en el *Puerto Rico* una comisión del campo insurrecto manifestando deseos de visitar al general Ríos, que los recibió cortésmente y á quien ofrecieron solemnemente no hostilizar á nuestros soldados mientras durara la evacuación.

quedarse allí, unos por miedo más ó menos justificado que tenían á los insurrectos, y otros por simpatías bien arraigadas que sentían hacia los españoles.

Una hora escasa había pasado desde que salieron los filipinos de nuestras trincheras, cuando se inició un gran incendio en el centro de Zamboanga, en el sitio denominado Barrio viejo, constituido por casas de caña, tabla y nipa. El barrio entero desapareció aquella tarde devorado por las llamas, pues no había agua en las proximidades y los pocos soldados que acudieron á sofocar el fuego nada pudieron conseguir ante las inmensas proporciones que éste había tomado: á 200 metros de distancia nadie podía resistir el calor que se desprendía de tan inmensa hoguera.

A la una de la tarde del 24 terminó la evacuación de Zamboanga bajo una copiosa lluvia, pero sin disparar un tiro, pues los filipinos cumplieron la palabra dada al general Ríos de no hostilizar á nuestros soldados. A las dos, levó anclas el *Puerto Rico* con rumbo á Barcelona.

El *pantalán* ó embarcadero de Zamboanga por donde se verificaron las operaciones de carga y embarque, tiene gran longitud y está compuesto de dos partes, una de piedra, y la que avanza en el mar, de madera. Su construcción es fortísima, y en el extremo del mismo hay un kiosco del que arranca una ancha y sólida escalera que facilita el embarque y desembarque. En la mañana del último día de la evacuación de Zamboanga, muchas familias indígenas, con lo que podían conducir de su pobre ajuar, invadieron el *pantalán* para embarcarse unas



GUERRA DE FILIPINAS. - INCENDIO DEL BARRIO VIEJO DE ZAMBOANGA. SITIO EN QUE TERMINÓ EL INCENDIO POR LA PARTE DERECHA, DETRÁS DEL HOSPITAL MILITAR (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).



GUERRA DE FILIPINAS. - INCENDIO DEL BARRIO VIEJO DE ZAMBOANGA. CASERÍO EN EL QUE SE INICIÓ EL SINIESTRO (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).



en el *Dos Hermanos* y otras en el *General Alava*, ya atestado de gente embarcada en los días anteriores. Todos aquellos emigrantes creían que se les conduciría a Manila, donde podrían hallar recursos para

En él embarcaron en Pangasinán, el 27 de diciembre de 1897, Emilio Aguinaldo y 42 de sus compañeros de armas que en unión del teniente coronel don Miguel Primo de Rivera se dirigieron a Hong-Kong.

El día 15 de mayo de 1898, el vapor *Uranus* se encontraba en el puerto de Iloilo cuando el general Ríos dispuso que zarpara inmediatamente para Labuán (Borneo) con instrucciones reservadas y encargo de transmitir desde allí un telegrama al gobierno de España, dando cuenta del desastre de Cavite.

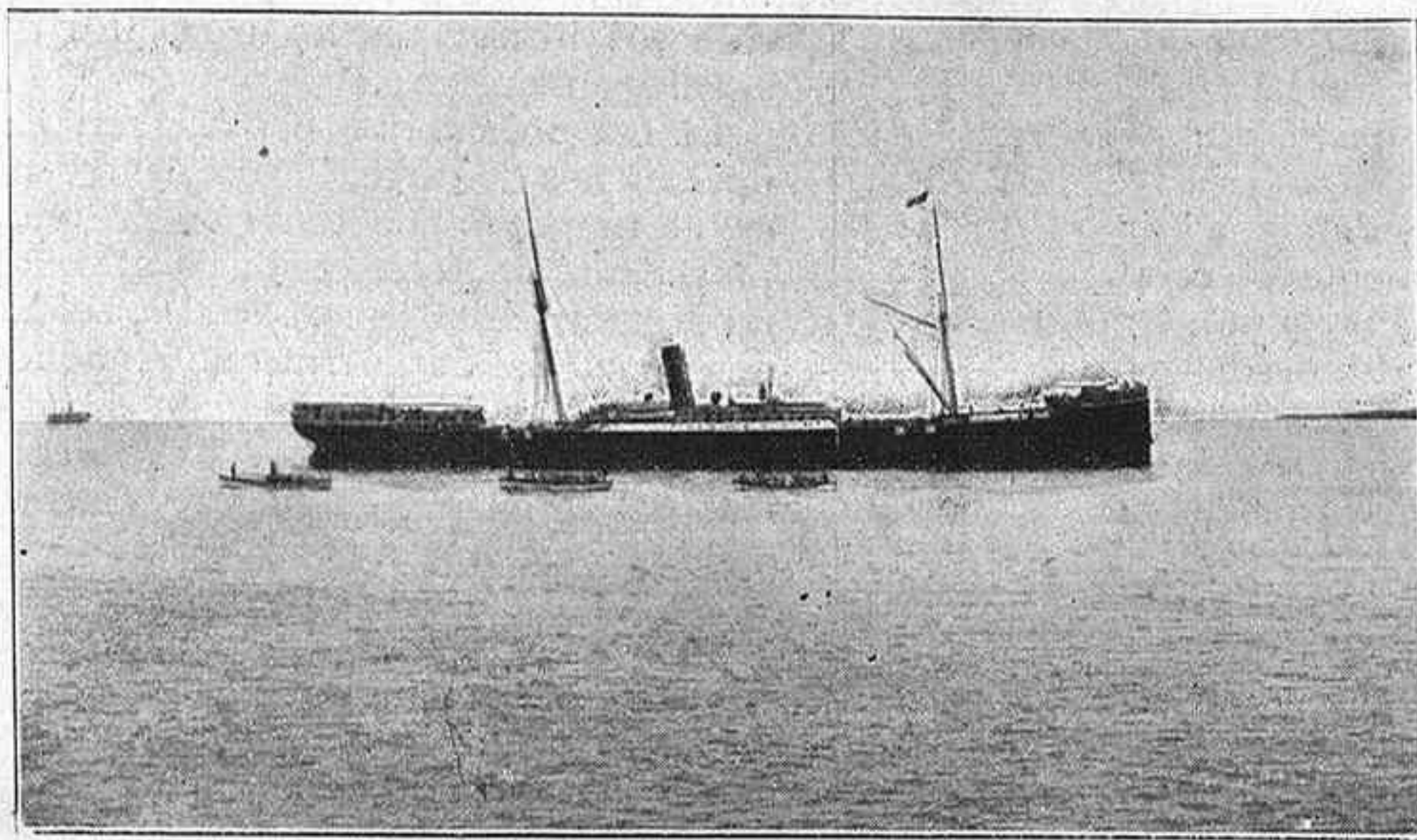
El 19 de agosto del propio año recogió en Palanoc, puerto de la isla de Masbate, a más de seiscientas personas que se encontraban acosadas por fuerzas insurrectas. Aquella pobre gente había refugiado en la iglesia del pueblo, defendiéndose como podía y viendo cómo sus viviendas eran devastadas por el incendio.

Por último el *Uranus* fué el que más cooperó para sacar al transatlántico *Puerto Rico* de la gran varada que tuvo en la

rada de Zamboanga cuando la evacuación, y el que condujo a Baler al teniente coronel Sr. Aguilar cuando éste fué allí para salvar a aquel destacamento.

El capitán del *Uranus* D. Salvador Landa, cuyo retrato honra hoy nuestras páginas, es un hombre de corazón tan grande como su inteligencia y por los servicios que ha prestado a España está en posesión de una cruz roja de 1.ª clase pensionada del Mérito Militar.

Para completar la información gráfica de la última expedición del Sr. Arias y Rodríguez publicaremos en breve una serie de fotografías referentes a la excursión que dicho señor realizó a la Isabela de Basilán durante la estancia en las aguas de aquella isla del *Uranus* y del *General Alava*. — A.



GUERRA DE FILIPINAS. — EL TRANSATLÁNTICO «PUERTO RICO» EN LA RADA DE ZAMBOANGA. BOTES QUE CONDUCE A BORDO PARTE DE LAS FUERZAS ESPAÑOLAS QUE ALLÍ QUEDABAN (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

vivir y mayor seguridad personal, ó se les dejaría en Iloilo bajo la protección de las autoridades norteamericanas; pero a última hora el general Ríos dispuso que fueran conducidos a la Isabela de Basilán, isla próxima a Zamboanga, escasísima de recursos y dominada por los moros.

La vista de la trinchera que reproduce uno de nuestros grabados está tomada pocas horas antes de evacuar la población: esta trinchera se formó precipitadamente con barriles, sacos y cajones llenos de arena de la playa y para pasar la acequia que atraviesa el pueblo, al costado derecho de la trinchera, se colocó una banca (piragua) que formando un puente estrecho, pero sólido, dejaba libre la comunicación.



GUERRA DE FILIPINAS. — PANTALÁN Ó EMBARCADERO DE ZAMBOANGA (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

Abandonadas poco a poco nuestras trincheras, para proteger el desembarque se dejaron en las principales calles avanzadillas que se fueron por último replegando hacia los dos embarcaderos. De una de estas avanzadillas da idea otra de las fotografías que reproducimos.

Para terminar estas noticias, diremos algo del vapor *Uranus* y de su capitán Sr. Landa por haber uno y otro prestado excelentes servicios a España durante los últimos tiempos de nuestra dominación en Filipinas.

De los vapores mercantes que surcan los mares de aquel archipiélago ninguno puede compararse con el *Uranus*, particularmente por las comodidades que tiene para los pasajeros: es un pequeño transatlántico al que no falta el menor detalle.

El 8 de febrero de 1895, gracias a su potente máquina y a las acertadas disposiciones de su capitán, sacó al crucero de guerra *Reina María Cristina*, que conducía al general D. Ramón Blanco y a su Estado mayor, de la varada que tuvo en los arrecifes de las islas Cagayanes. El general Blanco y sus acompañantes se trasladaron a bordo del *Uranus*, el cual remolcó al crucero, y condujo después a aquéllos a la isla de Joló.



GUERRA DE FILIPINAS. — CAÑONES DE BRONCE ANTIGUOS QUE QUEDARON ABANDONADOS EN ZAMBOANGA POR FALTA DE TIEMPO Y DE ELEMENTOS PARA EMBARCARLOS (de fotografía de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

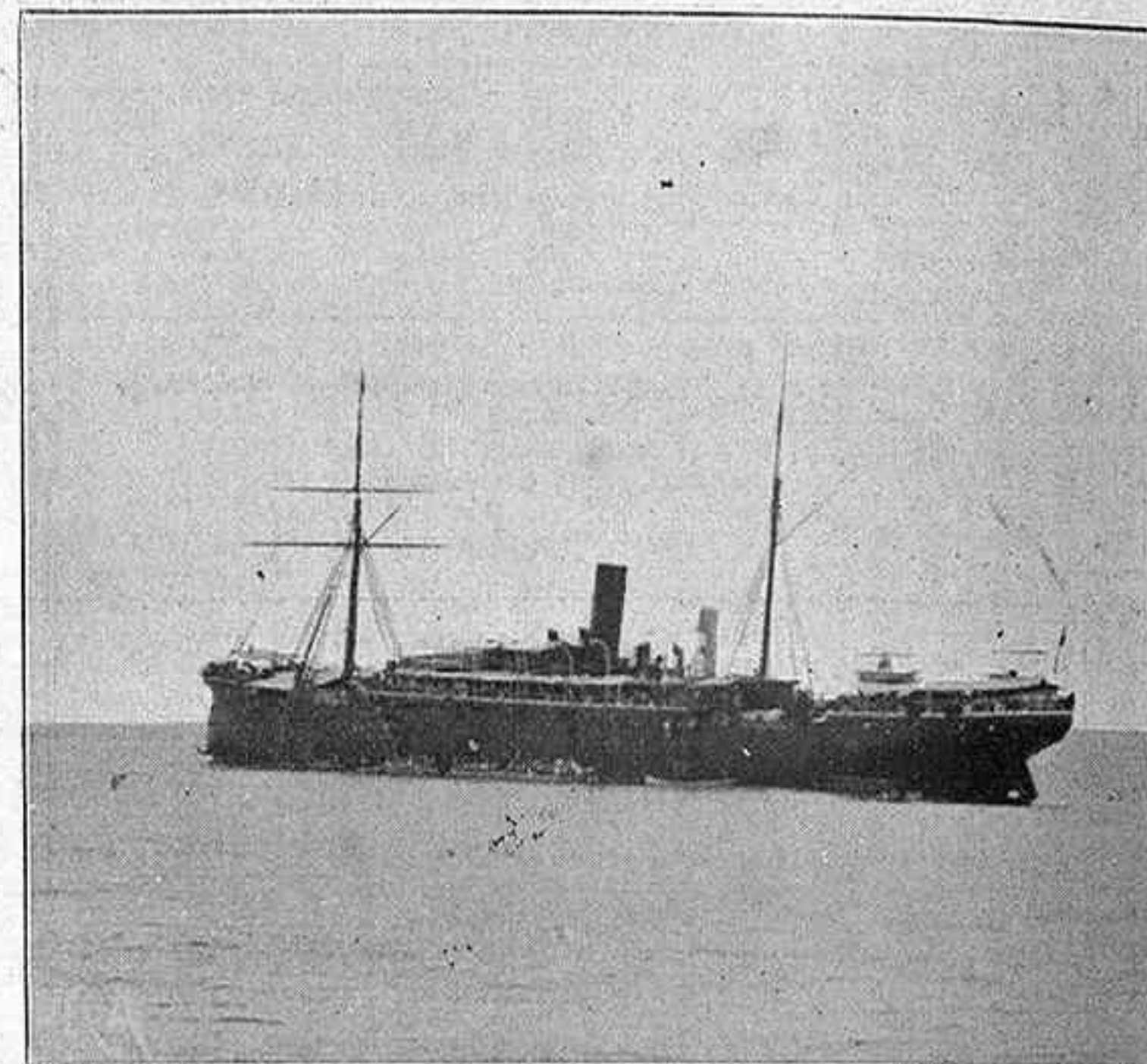
cuadro que alumbraban siniestramente los reflejos de los cirios, respetando el dolor del viejo y sintiendo en el corazón grandes angustias, deseos de llorar también ante el cuerpo de la muerta. La silueta simpática del anciano, inclinada sobre el cadáver, abrazando nerviosamente el cuerpo sin vida, besando con furor los labios blancos de la mujer adorada como si pretendiera devolverle el aliento en cada uno de aquellos fogosos estallidos de su pasión, ins-

piraba profunda lástima. Después se acercaron al grupo y trataron de separar el cadáver de sus brazos, mientras otros intentaban consolar su pena con frases rebuscadas. El viejo entonces, al sentir que se escapaba de sus brazos el cuerpo de la mujer querida, irguió fieramente el cuerpo, los miró con ira y abrió los puños con aire de amenaza, mientras salían de su garganta, atropelladas, palabras de furor.

— ¿Me la queréis quitar, infames? Pues no os la llevaréis. Quiero tenerla siempre a mi lado. ¡Es mi mujer, mía!..

Las miradas del viejo relampagueaban con destellos de inaudita fiera. Calmóse un poco, volvió a llorar como un chiquillo aquella tremenda desgracia que el destino arrojaba sobre él para secar en su corazón de viejo el último cariño, y dejando caer pesadamente los brazos añadió con voz queda:

— ¡Ah!.. ¡Si supieran ustedes cuánto la quería! Ha sido mi compañera de cincuenta años, casi toda la



GUERRA DE FILIPINAS. — EL TRANSATLÁNTICO «LEÓN XIII» EN LA RADA DE ZAMBOANGA. A SU COSTADO SE VEN VARIOS BOTES ATESTADOS DE SOLDADOS ESPAÑOLES QUE PROCEDEN A LA EVACUACIÓN (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

## PARÉNTESIS

### OCASO

Los amigos se retiraron silenciosamente al fondo de la sala, y desde allí, escondidos en la penumbra, observaron el triste

vida. Ahora se va ella, y esta soledad terrible va a matarme de pena. Tengo miedo de quedarme solo.

Miedo tenía, en efecto, de quedarse a solas con su dolor en aquella casa, tan alegre antes, cuando la animaban con sus caricias y sus charlas los enamorados esposos, tan triste ahora, cuando llegaba la muerte a romper la santa unión cuya paz no turbó nunca el más ligero disgusto. Habían vivido allí cincuenta años, en la misma casa, sin separarse nunca; cincuenta años de felicidad no interrumpida; cincuenta años de verdadero idilio. En el dichoso hogar parecían dos novios atolondrados que andaban siempre de discretos, requebrándose, jugando como chiquillos: en la vejez fueron dos buenos amigos, sus voluntades no fueron nunca más que una; sus almas se confundían en los mismos afectos y las



GUERRA DE FILIPINAS. — EL PANTALÁN DE ZAMBOANGA INVADIDO POR LA MAYORÍA DE LOS INSULARES ADICTOS A ESPAÑA QUE HUÍAN TEMIENDO LA ENTRADA DE LOS INSURRECTOS EN EL PUEBLO Y DESEABAN SER CONDUCIDOS A MANILA (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

mismas aspiraciones. No habían tenido hijos, y no tuvieron por consecuencia más entretenimiento ni



más placer que la mutua satisfacción de sus propios deseos.

Al cabo de aquellos cincuenta años de santa paz,

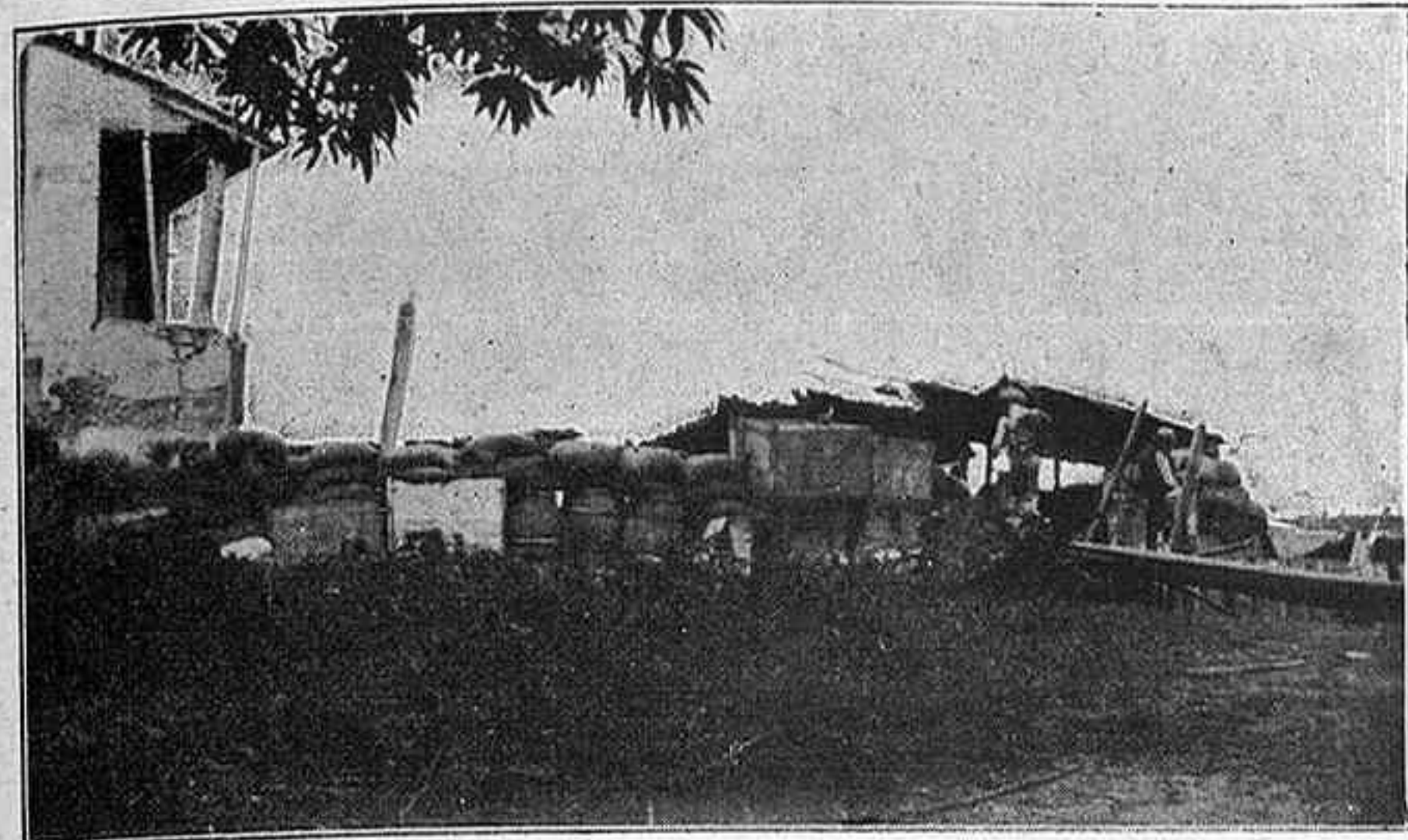
alegría de cincuenta años, dejando la casa envuelta en las sombras de la muerte. Él observó todas aquellas operaciones con estupor terrible, con la impasibilidad de un imbécil; después pareció recobrar la razón, serenóse el rostro y salió también, detrás de la comitiva, para acompañar á la muerta hasta el cementerio. Quisieron impedirle, pero no hubo manera de hacerle desistir de su propósito, y allá fué, detrás del duelo, arrastrando penosamente el cuerpo achacoso... Un amigo le preguntó:

— Pero ¿adónde vas tú, desdichado?

Y él, levantando la cabeza trabajosamente, frunció los labios en una lúgubre sonrisa y contestó con voz apenas perceptible:

— ¡Quiero conocer la casa nueva!..

A visitar la casa nueva, á llorar junto á la tumba silenciosa, á gozar con los recuerdos del placer perdido, iba todas las tardes el anciano, y allá se estaba largo rato, contemplando la piedra tras la cual se ocultaba el cuerpo de la mujer, rezando y gimiendo, sin dar tregua al fie-

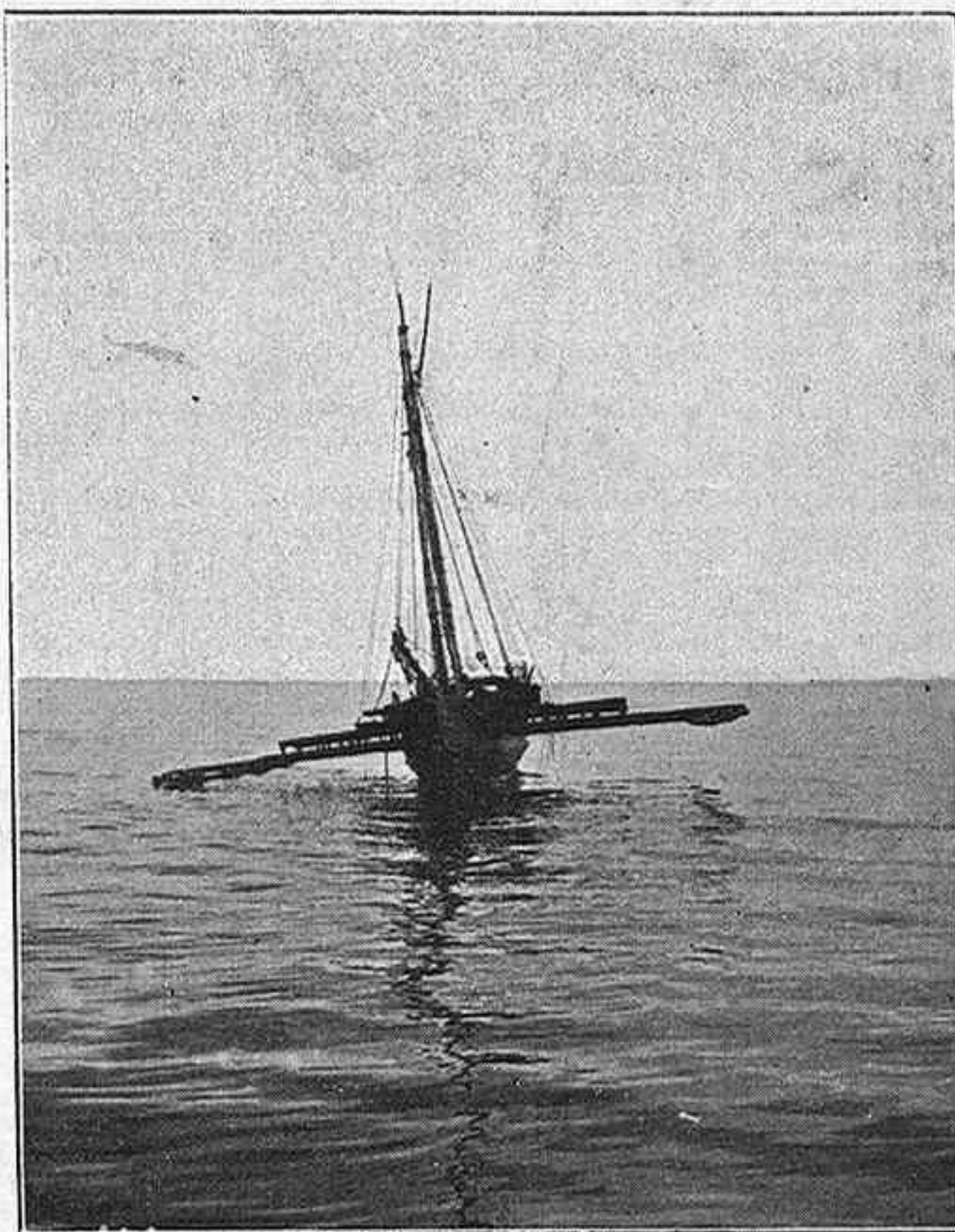


GUERRA DE FILIPINAS. — ZAMBOANGA. TRINCHERA AVANZADA QUE SE ENCONTRABA CERCA DE LA PLAYA FRENTE AL QUE FUÉ BARRIO Ó RANCHERÍA MORA (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

de regocijo constante, de verdadero idilio, llegaba la muerte cautelosa á ennegrecer la casa, á robar las alegrías del hogar y á secar en el corazón del viejo la última ilusión de su cansada vida. Tenía razón el anciano al decir que su soledad le daba miedo, porque la vida, después de las inefables venturas que robaba la muerte, recordando en cada rincón del hogar solitario una escena de amor, un pedazo de la felicidad perdida, una ráfaga de agudo idilio, era un tormento indecible. No podría acostumbrarse á vivir allí, solo como un hongo, con luto en el alma, martirizado por los recuerdos.

Mientras duró la enfermedad cuidóla él con amorosa solicitud, tratando de infundir esperanzas en el ánimo de la pobre mujer que agonizaba, aunque él veía que la desgracia era inevitable y que era imposible prolongar más tiempo aquella vida que se escapaba dulcemente en cada suspiro de la enferma. Cuando llegó el momento supremo, el tránsito de la vida á la muerte, y sintió que la enferma apretaba convulsa su mano y vió que los párpados caían sin fuerza sobre los ojos vidriosos y que los labios se movían temblorosamente, como si pidieran el último beso, se arrojó con ansia sobre el cuerpo ya frío y dió rienda suelta al dolor contenido en aquellas furiosas expansiones, mientras expiraba la enferma murmurando el último adiós con voz que se confundía con el eco de un suspiro.

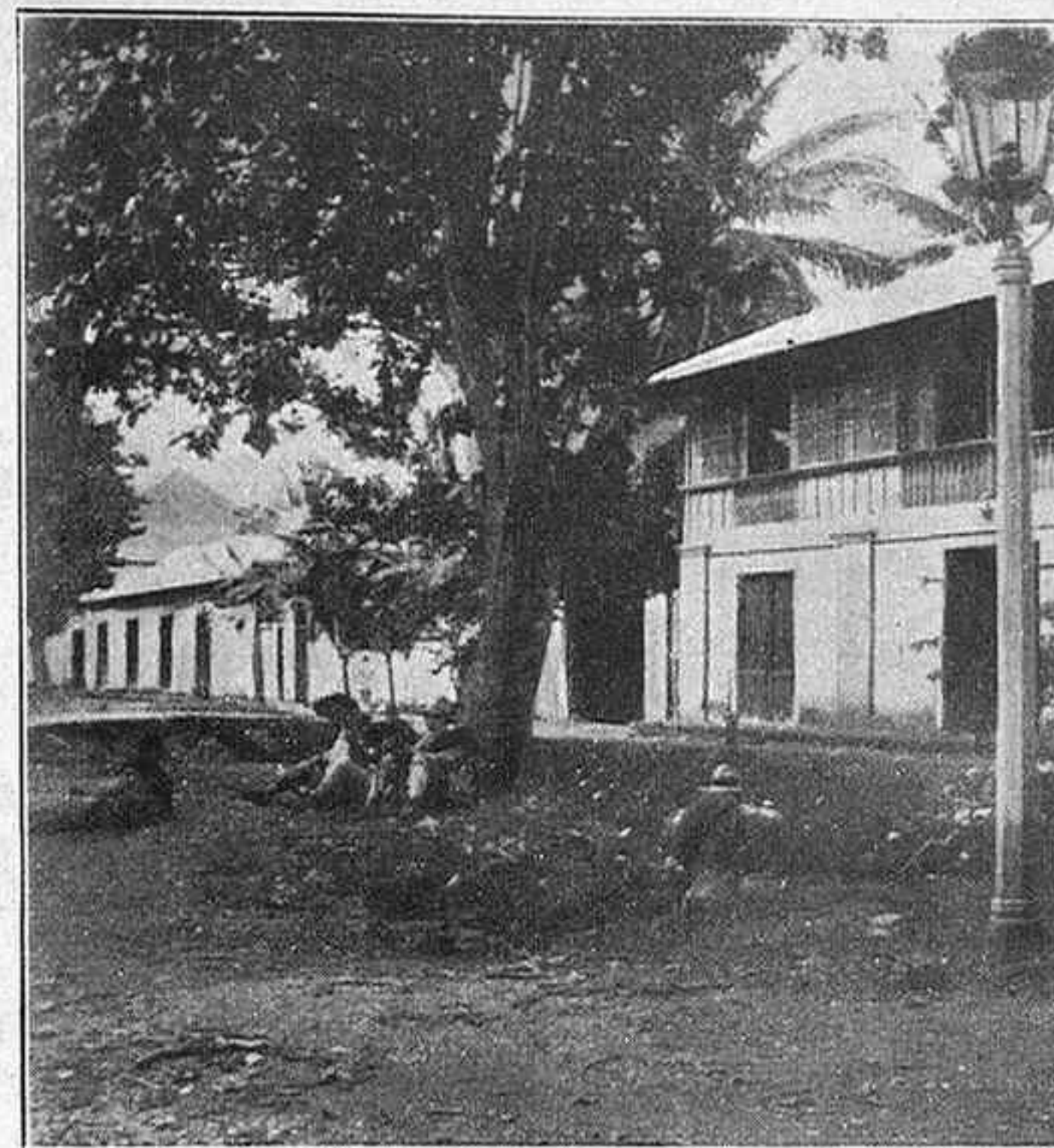
Cuando trataron de llevarse el cadáver, á la hora del entierro, se repitió la escena. Forcejeó largo rato desesperadamente, luchó como una fierecilla para defender el cuerpo de la muerta que querían llevarse, gritando como un loco y llorando como un niño. Pero no había remedio. Metieron á la muerta en el ataúd, clavaron la caja y cargaron con ella cuatro amigos piadosos, llevándose el alma del hogar, la



GUERRA DE FILIPINAS. — UNA «VINTA» DE MOROS FONDEADA CERCA DEL PANTALÁN PARTICULAR DE ZAMBOANGA (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

ro dolor que sangraba en las entrañas. Entraba en el cementerio con las manos cargadas de flores, en cuyas corolas se detenían temblorosas las lágrimas como

gotas de rocío; limpiaba con el pañuelo el polvo de la lápida, colocaba las flores alrededor, se hincaba de rodillas y rezaba con fervor piadosas oraciones que

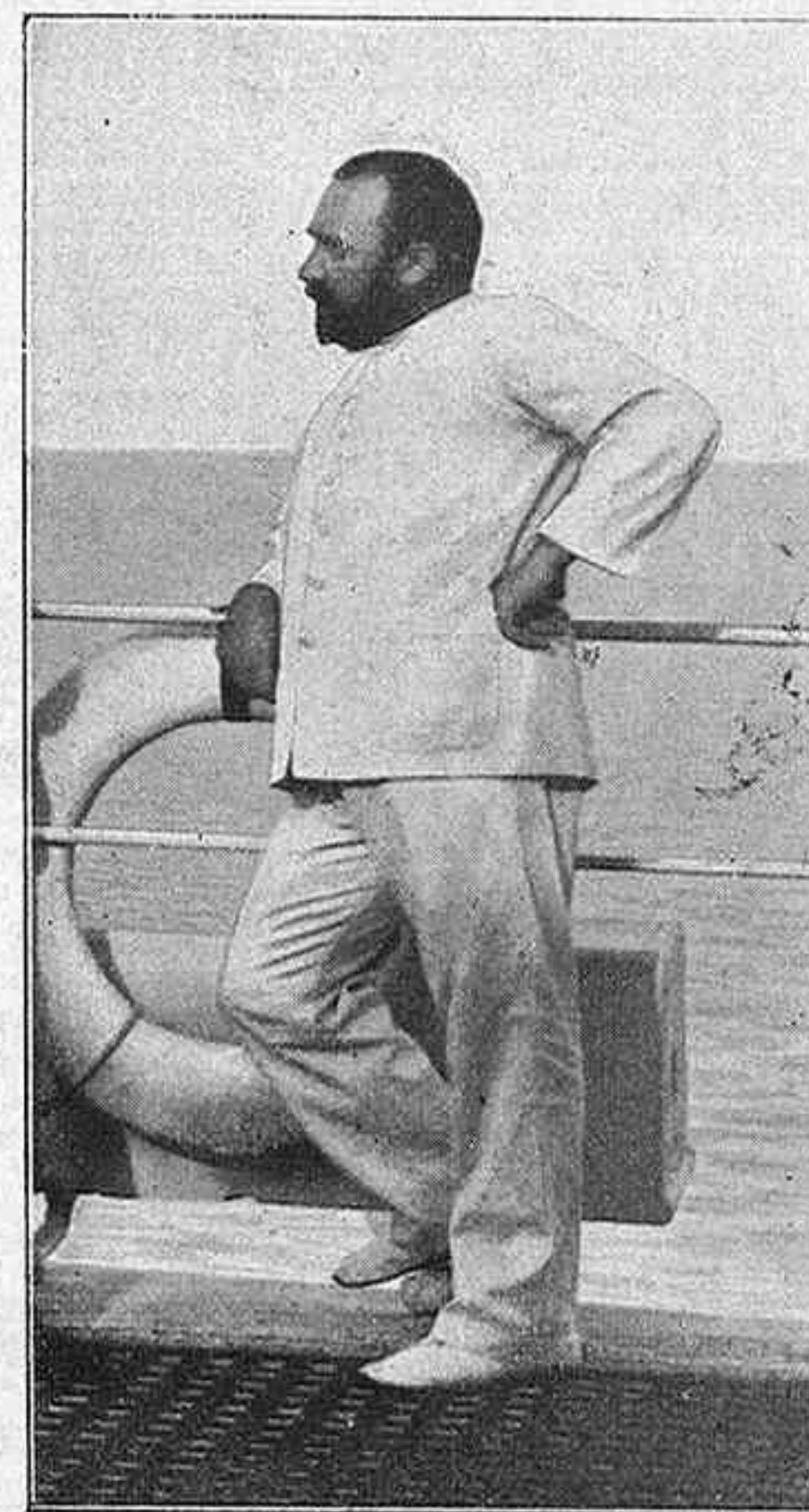


GUERRA DE FILIPINAS. — ZAMBOANGA. AVANZADILLA DE TROPAS ESPAÑOLAS EN LA CALLE PRINCIPAL DEL PUEBLO EN LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE LA EVACUACIÓN (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

brotaban del alma como fragancia exquisita de la poesía cristiana y se mezclaban sobre la tumba con el perfume de las flores. Cuando terminaba la piadosa visita, miraba la lápida con desconsuelo y despedíase de la muerta hasta el día siguiente, murmurando con amargura:

— ¡Hasta luego!..

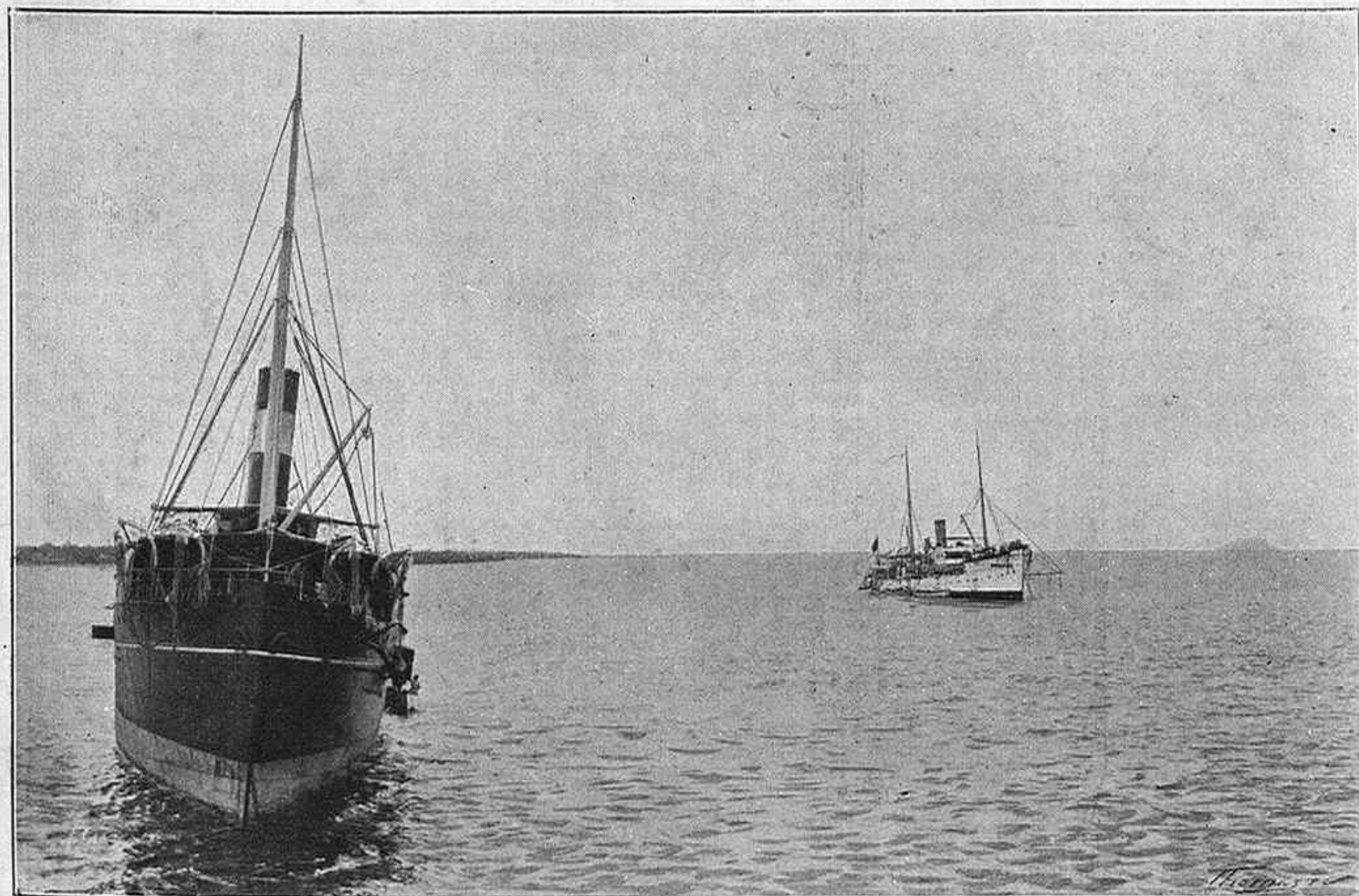
Regresaba á su casa sombrío, lleno de pena, y se encerraba en ella á llorar otra vez su desgracia, á llorar siempre en la soledad del hogar. No hablaba con nadie. En el cuarto de la muerta se estaba todo el día, repasando las mil baratijas que ella utilizaba diariamente, porque cada uno de aquellos objetos



D. SALVADOR LANDA, capitán del vapor mercante *Uranus* que ha prestado grandes servicios á España y ha sido recompensado con una Cruz Roja de 1.ª clase del Mérito Militar pensionada (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

queridos era un recuerdo de la muerta y él gozaba infinito en aquella triste vida de los recuerdos que asaltaban de continuo su imaginación perturbada por la pena. Así pasaba la vida el anciano, apagándose lentamente en las convulsiones del dolor, sin que los parientes y los amigos que intentaban distraerle pudiesen conseguir nada. Aquella pasión del viejo y aquella honda pena que consumía su existencia parecían síntomas de locura, de locura producida por el dolor.

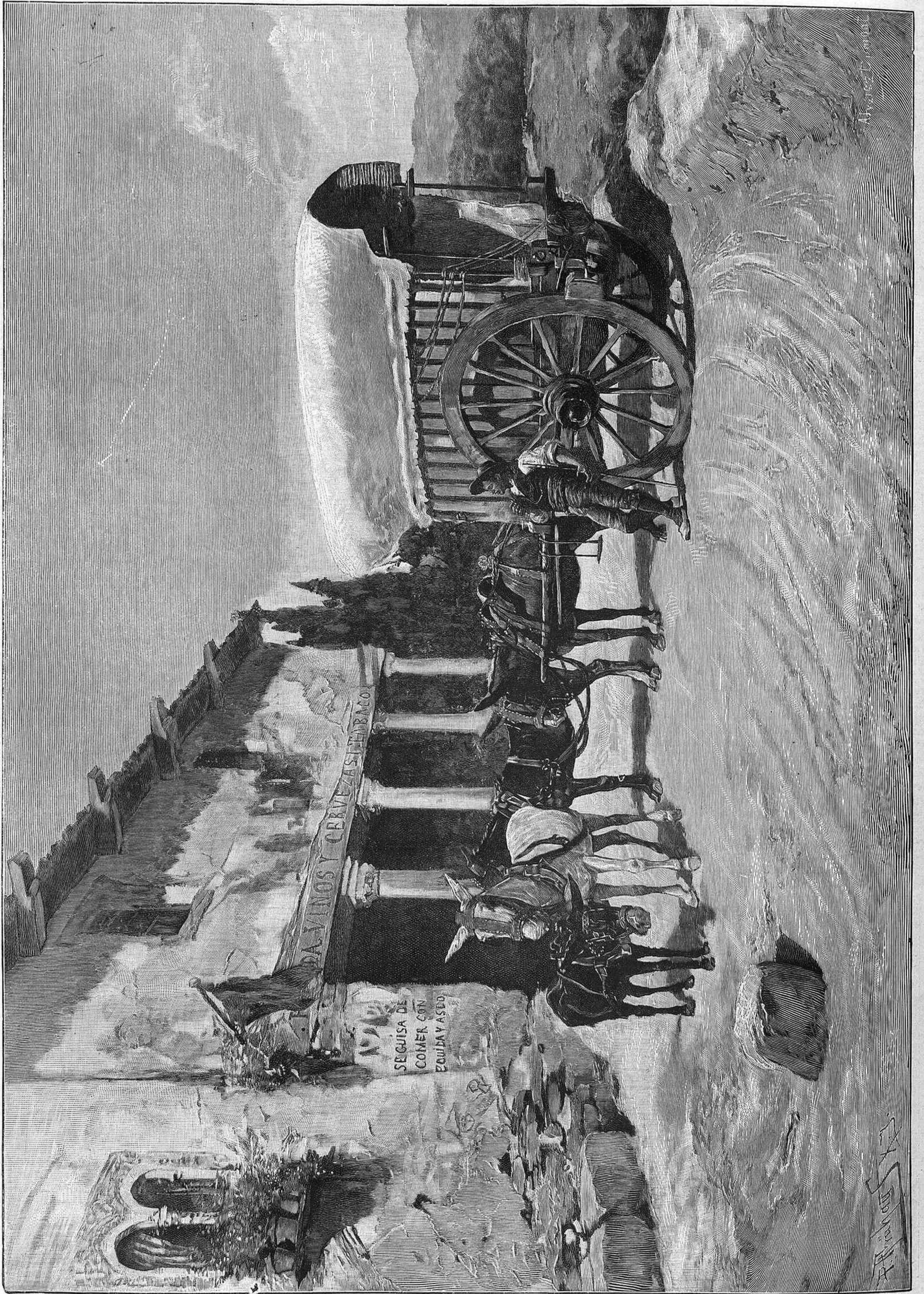
Un día encontró en un cajoncillo un paquete de cartas, atado con una cinta de color de rosa. Abrió las cartas con miedo y las leyó todas, por el orden



GUERRA DE FILIPINAS. — EL BUQUE MERCANTE «URANUS» Y EL TRANSPORTE DE GUERRA «GENERAL ALAVA» FONDEADOS EN LA RADA DE ZAMBOANGA DURANTE LA EVACUACIÓN DE LA PLAZA POR NUESTRAS TROPAS (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

ALFONSO MARTÍNEZ  
BIBLIOTECA





UNA VENTA EN ESPAÑA, cuadro de Alvarez Dumont





HORAS DE ASUETO, cuadro de E. Raupp



en que estaban colocadas, con emoción creciente, agitado por un temblor nervioso; leyéndolas lloraba, y mientras las lágrimas caían de sus ojos y resbalaban por el papel amarillento humedeciendo las líneas oscuras de lo escrito, recordaba él escenas felices de la vida pasada que hacían más triste la situación presente, porque aquellas cartas eran suyas, las que él envió á su novia medio siglo antes, llenas de fuego y de vida... La emoción le ocasionó una grave congoja que le privó del conocimiento algunas horas. Cuando recobró la razón se encontraba en la cama, rodeado por los criados y algunos parientes; quiso levantarse, pero se lo impidieron terminantemente, porque el médico había dicho que estaba muy grave. Aquella noticia recibióla él con placer, con tanta alegría como si le hubiesen anunciado la resurrección de su esposa...

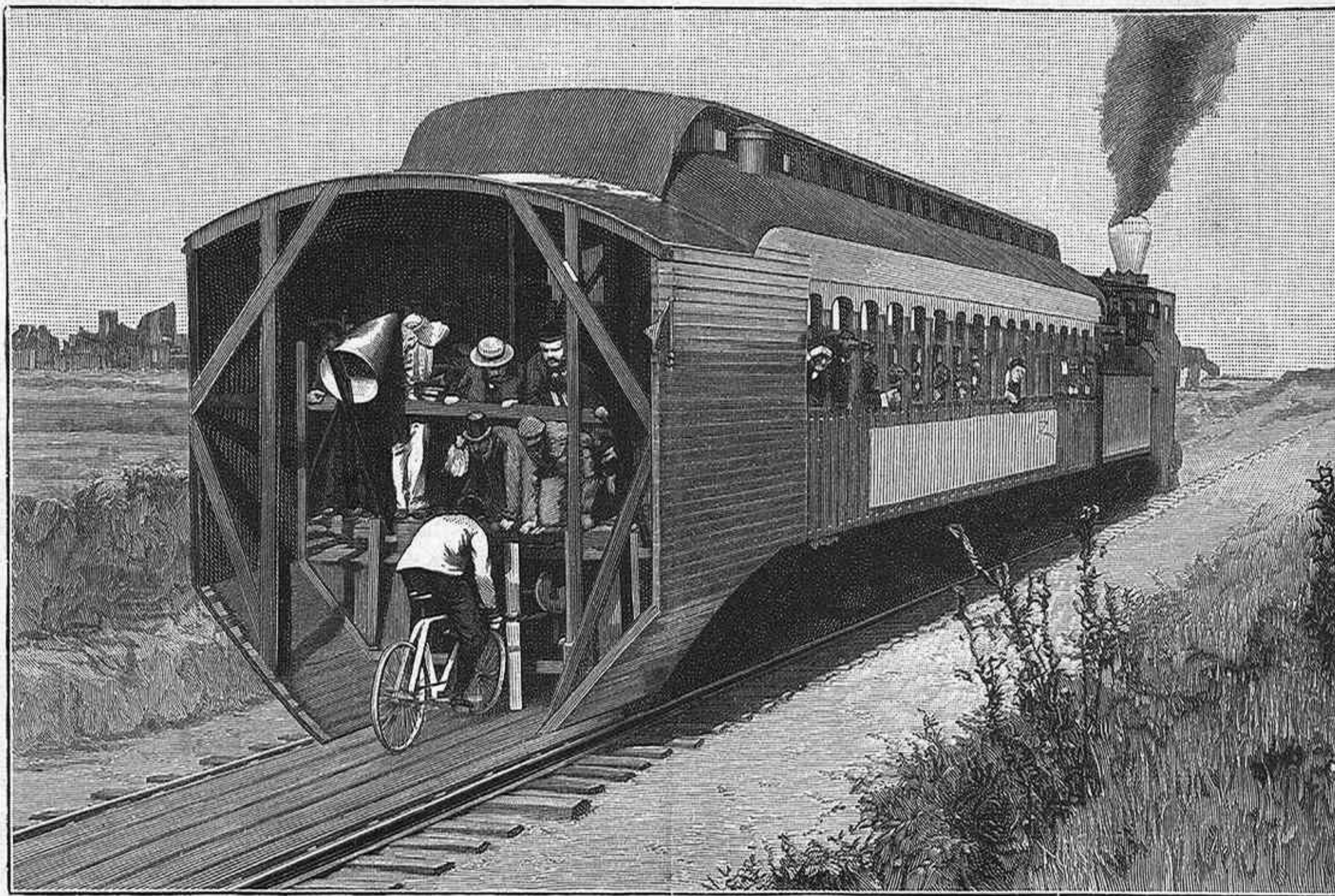
El viejo no tenía remedio; se moría irremisiblemente. El médico lo había dicho: «Receto por pura fórmula; procuren que arregle sus asuntos y busquen á un sacerdote, que es el único que aquí puede hacer algo.» Por la noche tuvo una fiebre altísima y deliró sin tino, diciendo unos disparates atroces; todos aquellos párrafos incoherentes del delirio que salían de la garganta atropellados, con penas intermitencias, venían á parar en una idea fija, el pensamiento constante del viejo desde aquel triste día de la despedida de su esposa, la idea de la muerte que

los cabellos blancos, y al reflejar rodeaba la cabeza del anciano con un nimbo de luz difuso como el nimbo que los pintores colocan á los santos y á los mártires...

LEÓN ROCH



CARLOS M. MURPHY QUE HA BATIDO RECIENTEMENTE EL «RECORD» DE LA VELOCIDAD EN BICICLETA



EL MAYOR «RECORD» DE LA VELOCIDAD EN BICICLETA. — EL VAGÓN ENTRENADOR DURANTE LA CARRERA REALIZADA POR CARLOS M. MURPHY EN LONG ISLAND (ESTADOS UNIDOS)

había de proporcionarle el placer de reunirse con la muerta. Por la mañana se encontró algo aliviado, y por la tarde, aprovechando un descuido, se levantó, arreglóse como todos los días y se dispuso á hacer la obligada visita al cementerio. Los criados sostuvieron una verdadera batalla con el «señor» para impedir aquella locura, pero no hubo medios de detenerle. Le esperaba la muerta, como él decía, y no debía faltar á la visita. Montó en el coche que avisaron los criados, y allá se fué, camino del cementerio, á llevarle las flores á la muerta y á rendirle el homenaje de su cariño. «Después de todo, murmuraba el viejo, quizás sea ésta la última...»

Al bajar del coche, en la puerta misma del cementerio, haciendo grandes esfuerzos para sostenerse, preguntó el cochero:

— ¿Vuelvo por usted, señorito?

Y él contestó, sonriendo tristemente:

— No; no es necesario...

Poco después, avisados de aquella locura, llegaron al campo santo algunos parientes para prevenir una desgracia. Pero no fué necesario, como había asegurado el viejo. Cuando llegaron al lugar de la cita, junto á la tumba de la mujer querida encontraron al anciano abrazado á la cruz, de rodillas sobre la piedra rodeada de flores, con los labios recogidos en una sonrisa de placer y con los ojos muy abiertos, mirando con fijeza, con la fijeza de los muertos, el claro azul de los cielos que el sol agonizante del crepúsculo tiñera débilmente con resplandores de escarlata. Era la hora del ocaso... Un rayo de sol que penetraba por entre las ramas de un ciprés posábase en

NUESTROS GRABADOS

El mayor «record» de la velocidad en bicicleta.— El mayor esfuerzo que hasta ahora se ha realizado en el deporte velocipedista, el mayor *record*, usando la palabra técnica, lo ha efectuado recientemente el conocido ciclista norteamericano Carlos M. Murphy, que en 58 segundos ha recorrido una milla inglesa, ó sean 1609'31 kilómetros. Este acto ha sido motivado por la reunión de la asamblea ciclista americana, celebrada poco ha en Long Island y se ha llevado á cabo en un trecho de la vía del ferrocarril que por allí circula. Para realizar el experimento fué preciso naturalmente adoptar ciertas disposiciones, la principal de las cuales fué hacer servir de entrenadora á una locomotora que arrastraba un vagón de viajeros: éste, en su parte trasera, había sido convertido en guardaviento, para lo cual se prolongaron sus paredes laterales dirigiéndolas oblicuamente en su extremo inferior hacia el interior de la vía. Metido en esta especie de garita realizó Murphy su carrera, terminada la cual ha manifestado que en estas condiciones, es decir, sin tener que vencer la resistencia del aire, la bicicleta puede alcanzar la misma velocidad que una locomotora con tal de que el que la monte tenga sangre fría y mueva rápidamente los pies. Murphy á cada vuelta de pedal recorrió 31 pies, habiendo dado 2'91 vueltas por segundo ó sean 175 por minuto. Para mayor seguridad, el *recordman* se cubrió los ojos, la nariz y la boca con los aparatos que en esas carreras suelen emplearse contra la fuerza del viento.

En oración, cuadro de L. Rossi.— Nada tan encantador como la figura de una hermosa é inocente niña puesta en oración: la expresión dulce de su rostro, en toda la frescura de la edad infantil, cuyos colores no han empezado siquiera á marchitar los cuidados ni los sufrimientos; su tierna mirada fija en la imagen á quien dirige su plegaria; su actitud despojada de toda afectación, constituyen un conjunto plástico de sin igual belleza. Y si de lo físico pasamos á lo moral, no resulta menos interesante á los ojos del artista y aun del profano el asunto que á su consideración se ofrece. De los labios

de aquella criatura brota la oración dictada por el corazón más que por la inteligencia, oración inspirada en la fe más absoluta que no ha empafiado todavía la más leve duda y dicha con el candor que aún no ha turbado la sombra de un mal pensamiento; oración que, saliendo de la boca de un mal pensamiento, es siempre atendida por nuestra Santísima Madre, porque va envuelta en los perfumes de la pureza y de la inocencia. Bien ha hecho, por consiguiente, en inspirarse en tan delicioso modelo el autor del cuadro que reproducimos, quien, si ha acertado en el asunto, no ha estado menos feliz en la manera de darle forma: el lienzo de Rossi es de los que penetran muy adentro del alma y responde perfectamente á la idea que en él preside y que nos ha sugerido las consideraciones que dejamos expuestas; bellísima en el fondo y en la forma, es la obra del hombre que siente y del artista que domina la técnica de su arte.

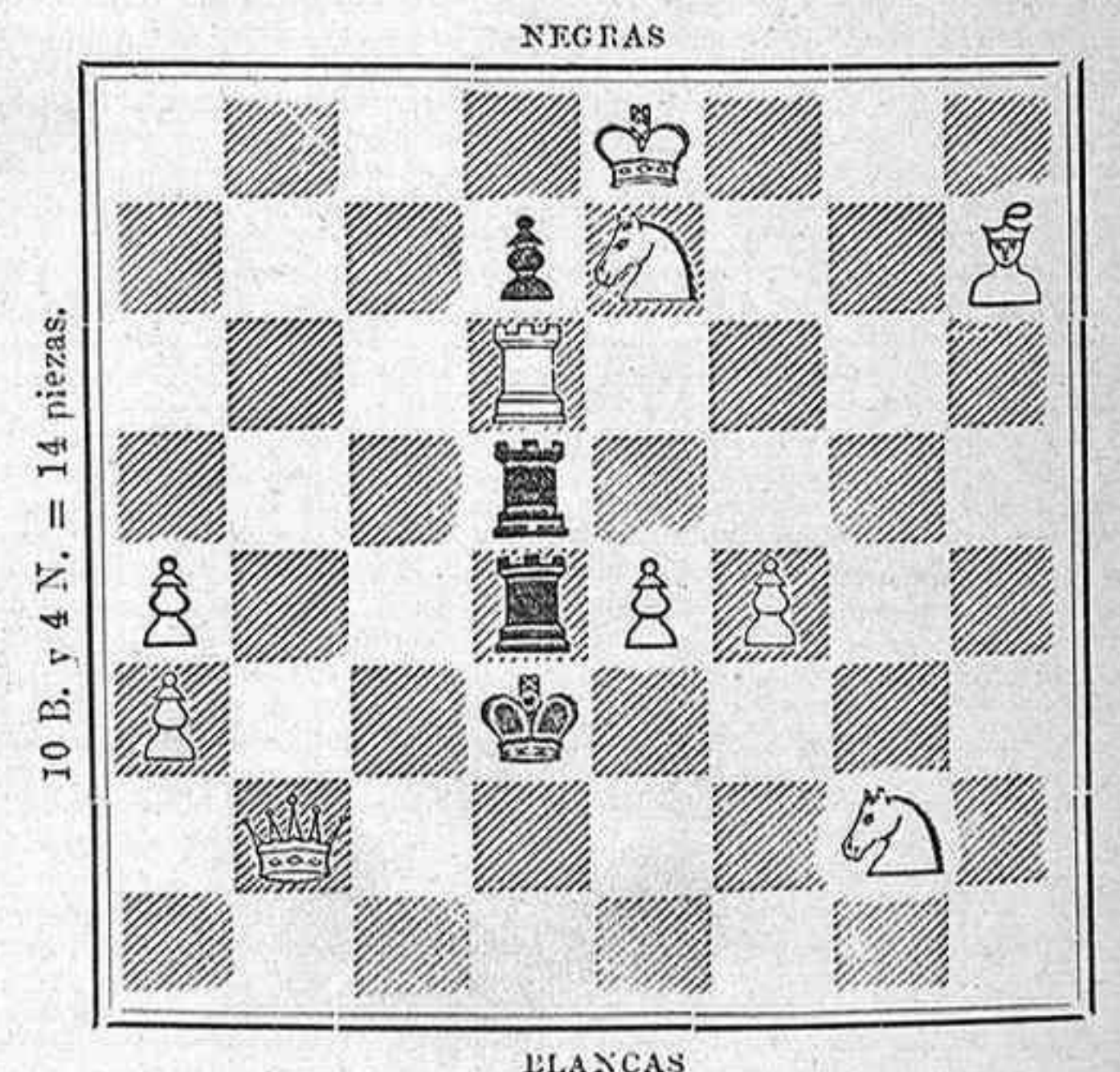
Una venta en España, cuadro de Alvarez Dumont.— Con los modernos medios de locomoción, los viajes han perdido toda la parte pintoresca que antiguamente tenían, pérdida sobradamente compensada por la suma de comodidades que á los viajeros hoy se ofrecen y con las cuales ni siquiera pudieran soñar nuestros abuelos, los que se consideraban dichosos con poder recorrer en algunos días y materialmente embutidos en las pesadas galeras la distancia que actualmente salvamos en pocas horas, metidos en un *sleeping-car* y pudiendo satisfacer nuestro apetito en el vagón-restaurant, agregado al mismo tren que nos conduce. Nada de extraño tiene, pues, que hayan desaparecido las antiguas ventas, aquellos paraderos faltos de lo más preciso y desprovistos de todo aseo, donde el viajero se hacía la ilusión de descansar y restaurar sus fuerzas, pero que no dejaban de tener sus atractivos para los aficionados á aventuras, según lo demuestran los más regocijados capítulos y las más divertidas escenas de nuestros clásicos novelistas, dramaturgos y saineteros. Algunas quedan, sin embargo; mas ¡qué diferencia entre lo que fueron y lo que son! Allí donde se congregaba concurrencia numerosa, todo es ahora soledad, apenas interrumpida de cuando en cuando por algún carretero ó trajinante que se detiene breves momentos para echar un trago y dar un pienso á sus bestias. A pesar de ello, no han caído en completo olvido, gracias á que algunos de nuestros artistas las han tomado por asunto para sus cuadros, utilizando de ellas el elemento pintoresco que indudablemente encierran y que se presta admirablemente á un trabajo artístico, como lo prueba el hermoso lienzo de Alvarez Dumont.

Horas de asueto, cuadro de K. Raupp.— Un hermoso paisaje y unos cuantos niños entretenidos en sus juegos son elementos suficientes para el artista que, sabiendo aprovecharlos hábilmente, quiera con ellos componer un cuadro. El pintor alemán Raupp ha tenido esta habilidad, y combinando diestramente aquellos componentes, nos ofrece en bellísimo consorcio los dos productos sin disputa más encantadores de la creación: la naturaleza con todas sus galas de primavera, y la infancia con todos los atractivos de la inocencia.

Jesús y sus discípulos, cuadro de Augusto Brandis.— Como todos los géneros pictóricos, el religioso ha sufrido en nuestros tiempos una transformación radicalísima, que en muchos casos no es sino regresión á los antiguos procedimientos. Sea porque hoy los artistas no sientan los asuntos tan intensamente como los pintores místicos de pasadas épocas; sea porque vean en ellos más el aspecto humano que el divino; sea porque se dejen sojuzgar por los mandatos de la moda, el hecho es que esta pintura, por punto general, ha perdido por completo el carácter que durante algunos siglos ha tenido. No queremos con esto decir que la transformación haya redundado en perjuicio del arte y aun del género mismo: tan lejos está esto de nuestro ánimo, que entendemos que hay dentro de las tendencias modernas obras de gran valía bajo todos conceptos. Entre ellas merece contarse el cuadro de Brandis que en el presente número publicamos, composición bellísima en la que tanto las figuras, en detalle y en conjunto, cuanto el lugar en que se mueven, producen esa impresión profunda que es la mejor prueba de la bondad de una obra artística.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 169, POR VALENTÍN MARÍN



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 168, POR P. RIERA

- |                |                  |
|----------------|------------------|
| Blancas.       | Negras.          |
| 1. C 5 D       | 1. P toma C (*)  |
| 2. T 4 D jaque | 2. P ó R toma T. |
| 3. D mate.     |                  |

(\*) Si 1. C 6 R; 2. C toma C jaque, y 3. T 3 D mate. La amenaza es 2. D 3 A D jaque, C toma D; 3. C 3 R mate.



# CORAZÓN DE SACERDOTE

NOVELA ORIGINAL DE H. S. DE FORGE. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

XI

Al día siguiente de la visita de Roger de Sennevaux, causa de tantas emociones, Adalberto Deruel, no pudiendo ya más, tomó sigilosamente el tren para

aquellos convites ni continuar dirigiendo su conciencia?

Pero en aquel momento no se trataba de los agravios del P. Chavassieux; más adelante se ocuparía de ellos. El chasco no había sido sino un estimulan-

noraba; pero de los parisienses se puede esperar todo. ¡Un notario de París..., manejador de dinero..., negociador de asuntos más ó menos sucios! ¡Qué diferencia entre él y esos prácticos modestos de provincia, atentos siempre á su misión, leales, rectos y tan entendidos si no más que los parisienses, que no tratan de explotar á sus clientes, sino que son para ellos consejeros, guías, amigos!..

Tanto hizo que por fin M. Lechesne partió una mañana para París con objeto de abrir los ojos á Mad. de Sennevaux y de su hijo, convencido de su papel de salvador, persuadido de su capacidad y orgulloso, en su animosidad de provinciano, de ir á combatir y vencer, como esperaba, á un colega de la gran ciudad.

Luis XIV, en el ocaso de su vida, decía á uno de sus antiguos servidores: «Ya no somos afortunados á nuestra edad.» Mad. Descordes se iba envejeciendo y ya no era afortunada en sus empresas.

M. Lechesne, al llegar á París, encontró en la fonda un billete de Mad. de Sennevaux, que, avisada de antemano, se disculpaba por no poder recibirle durante el día y le convidaba á comer aquella noche. El joven notario, muy lisonjeado, vió en aquella invitación una marcada prueba de favor que no podía menos de ayudarle á salir airoso de su misión, y se ufanaba de antemano, al ir á comer, confiando, dado su espíritu sobrado práctico, en el agradecimiento de la familia de Sennevaux por el servicio que iba á prestarle.

Llegó dándose cierta importancia con su frac un tanto ajado y se encontró en plena reunión. M. y Mad. Jouvenot, Lucila, Mlle. Larivière, Herald, el P. Charlier, todos estaban allí procedentes de Thoissey, excepto Adalberto, que había preferido no asistir, disculpando su ausencia.

Todas las ideas que Mad. Descordes había acumulado trabajosamente en el cerebro de M. Lechesne desaparecieron á los pocos instantes. M. Jouvenot saludó á su joven colega con el mayor agrado. Lucila le pareció tan encantadora como en realidad era. En la actitud del cura no observó nada que diera la menor verosimilitud á la abominable historia contada en Ganneville. Todo allí respiraba cordialidad y alegría honesta y sencilla. M. Lechesne se dió por contento con pretextar la renovación del arrendamiento de una granja para explicar su visita, y se retiró sin decir una palabra del asunto que allí le había llevado. Por segunda vez el soldado empleado por Mad. Descordes volvía la espalda.

¡Pobre Adalberto! Y la verdad era que urgía hacer algo. Entre las dos familias se habían entablado ya negociaciones formales. Ambas tenían á mano un medianero seguro, inteligente y lleno de abnegación, al cual acudieron. El P. Charlier fué el confidente, no sólo de Mad. de Sennevaux, sino también de Mad. Jouvenot. Tenía que ir continuamente de una á otra para comunicarles esos mil detalles que hay interés en saber sin querer decirlos. Se le consultaba sobre todo, asuntos de familia, de fortuna, hábitos de vida, ideas sobre este ó aquel punto; todo eran apartes misteriosos, conversaciones en voz baja; luego nuevas entrevistas que le encargaban de procurar, comidas que organizar y en las que debían reunirse todos; preguntas, impacientes por ambas partes, acerca de las impresiones de la víspera.

No se concedía á Pablo un momento de tregua para olvidar. El puñal estaga agitado sin cesar en la herida. Él se prestaba á todo, no sólo de buen grado, sino con un celo que le conquistaba las bendiciones de las dos madres.

De pronto surgió una dificultad. M. Jouvenot quiso que Roger pidiera su licencia; pues la perspectiva de ver á su hija pasando de guarnición en guarnición y separada de él asustaba á aquel padre más amante de lo que parecía. Pablo, persuadido de la resolución inquebrantable del capitán de no dejar la carrera de su padre, después de haber empezado tan brillantemente la suya, tomó á su cargo el hacer desistir de su deseo al notario, aun sin consultar á su amigo. ¿A qué molestarle? ¿Para qué interponer una nube en aquel cielo? ¿Por qué revelar este único punto de divergencia, que en el caso esperado de llegar finalmente á un acuerdo, dejara tal vez huellas en las relaciones futuras de suegro y yerno? Pablo consiguió no sin esfuerzos convencer á M. Jouvenot, y en su



Sr. de Sennevaux, ¿quiere usted dar el brazo á su novia?

Ganneville. No había dejado de ocurrírsele escribir á Mad. Descordes; pero lo escrito queda, y Adalberto era hombre muy prudente. Con todo era indispensable hacer algo y para ello ponerse de acuerdo, tanto más cuanto que él no tenía ni la obligación ni afición al sacrificio. El visible éxito del capitán le había puesto fuera de sí; apremiaba el tiempo y era preciso saber lo que hacía Mad. Descordes; porque, aun cuando la acusaba de indolencia y quizás de desaliento, como se reconocía impotente por sí mismo, no podía esperar más apoyo que el de ella.

Tranquilizóle desde luego la afectuosa acogida y el lenguaje lleno de confianza de Mad. Descordes.

— Sosiéguese usted, querido Sr. de Ruel, le dijo; no pierdo un momento de vista sus intereses; y observe usted que digo sus intereses; porque ya sabe que en este asunto no me guía nada personalmente, y como siempre, sólo trabajo en bien de los demás. Confieso que he tenido un tropiezo inesperado. En el terreno de las obras caritativas como en cualquier otro, hay malos soldados que vuelven la espalda, y yo he dado con uno. Pero jamás abandono una tarea que considero útil para el prójimo, y en breve tendrá usted la prueba, si Dios se digna bendecir mis esfuerzos. Le recomiendo que no le vean en Ganneville; márchese usted en el primer tren y fíe en mí.

En efecto, Mad. Descordes seguía un nuevo plan. Después de lo que calificaba de traición del padre Chavassieux, se había dividido su pensamiento entre dos sentimientos: desprecio y enojo contra el anciano sacerdote, y deseo ardiente de hallar otro medio para conseguir sus propósitos. ¿No había tenido aquel vicario la audacia, en el mismo momento en que iba á decirle que ya no le convidaría á comer los domingos, de anticiparse á escribirle para hacerle saber que su quebrantada salud no le permitía aceptar

te más para aquel carácter deseoso de hallar empleo para su actividad, para aquel corazón rencoroso, ávido de vengarse de los que habían turbado su vida y destruído su predominio.

M. Lechesne fué el escogido por nuevo instrumento de sus enojos. Todo se le volvió hacer visitas tras visitas, dispensar todo género de halagos al joven matrimonio, abrumándole á fuerza de amabilidades, de elogios pomposos á los atractivos de la esposa y al talento del marido, de incienso á las veces grosero y quemado sin tasa, pero que embriaga en Ganneville como en todas partes. Siempre hay en este mundo zorros y cuervos.

Cuando creyó tener á punto á M. Lechesne y haberle demostrado suficientemente que era un grande hombre, Mad. Descordes descubrió sus baterías. Poco á poco, avanzando con prudencia, haciendo á cada momento los mayores elogios de Mad. de Sennevaux, principal cliente á quien el notario profesaba el respeto más interesado, le dijo que quería mucho á la condesa, que le agradaría en extremo prestarle algún servicio y que sentía sobre manera no poder hacerlo directamente á causa de la ruptura de sus relaciones.

¡Excelente Mad. de Sennevaux! ¡Qué dolor le causaba el que una mujer tan simpática, una viuda tan admirable, una madre tan incomparable fuera juguete de un curita intrigante y licencioso! Y con medias palabras castamente expresadas y entrecortadas por púdicas reticencias, reveló las lascivias — sí, Sr. Lechesne, las lascivias — de aquel P. Charlier. Verdad era que no se podía esperar otra cosa del hijo de la mujer que había escandalizado á Ganneville con su género de vida.

Mad. Descordes decía que no conocía á M. Jouvenot. ¿Estaba ciego ó era cómplice del cura? Lo ig-



gran delicadeza no dejó traslucir el servicio prestado.

Mientras tanto las cosas seguían adelante. Las visitas entre ambas familias eran cada vez más frecuentes. Las dos madres se habían hecho confidencias mutuamente. Roger había solicitado oficialmente tener relaciones amorosas con Lucila, y cuando se trasladó a ésta la petición, pidió únicamente que se le diera tiempo para reflexionar y juzgar por sí misma.

Entonces multiplicaron los paseos, dejando a los jóvenes aislarse para que fueran conociéndose. Sólo que, para guardar las conveniencias, Mad. Jouvenot rogó a Mlle. Larivière y al P. Charlier que los acompañaran y con su presencia hicieran que sus entrevistas no parecieran demasiado íntimas, y mientras el aya iba a su lado con paso lento y grave, Pablo podía observar grado por grado el desarrollo de la intimidad de Roger y Lucila.

— ¡Qué espectáculo tan divino es el de un cariño legítimo y compartido!, exclamaba Mlle. Larivière al regresar, suspirando y mirando a Pablo.

Cuando estaban solos, Roger, cada día más enamorado, desahogaba en el corazón de su amigo sus alegrías, sus esperanzas, sus temores, con ese sencillo egoísmo del amor que no ve nada fuera de sí mismo.

— Perdóname, mi buen Pablo, le dijo un día. Debo parecerme muy pesado, muy fastidioso..., porque te hablo de continuo en un lenguaje que no puedes comprender y te expreso sentimientos que ignoras... Pero ¡soy tan feliz y la amo tanto!

Pablo se sonreía, sin que se alterara la tranquilidad de su semblante, sin que pasara la menor sombra por su frente. Conforme se lo había prescrito su superior, proseguía su obra, animoso y firme, y sólo Dios conocía sus esfuerzos, sus torturas íntimas, sus desfallecimientos momentáneos. ¿Dónde estaba el mérito sin el sufrimiento? ¿Dónde el triunfo sin el combate?

Siempre se rehacía más valiente después de estas luchas ignoradas de todos, sacando su fuerza de la oración y recordando, para sostenerse, el ejemplo, citado por su madre, de aquella mujer virtuosa y fuerte que había deshecho su felicidad con sus propias manos para mantenerse fiel a su deber. ¡Santa mujer a quien admiraba sin conocerla!

Cierto día leyó en un periódico lo siguiente:

«Se anuncia el próximo regreso a Francia del sabio explorador M. Saviniano de la Haye que desde 1875 ha consagrado su tiempo y su arrojo al estudio del África central, mostrándose digno émulo de los Livingstone, Stanley y Brazza. En este viaje, que es el tercero y que ha durado cinco años, no tan sólo ha podido prestar el más útil concurso a la organización definitiva del Congo francés, sino también atravesar por completo el continente negro desde Brazzaville hasta los grandes lagos y allende el Zambeze, donde ha encontrado las huellas del gran doctor inglés. Según parece, trae preciosas colecciones e inestimables datos acerca de aquellas regiones tan poco conocidas aún. La Sociedad central de Geografía se propone enviar uno de sus individuos a Marsella para saludar al intrépido viajero a su desembarque.»

Pablo comprendió. Aquella mujer de cuyas virtudes y luchas le había hablado su madre, era ella misma... Lo propio que él, había luchado, como él, había sufrido; ¡pero él triunfaría como ella! Todo un mundo de recuerdos afluyó al corazón del cura, llenándole de inefable ternura y de nuevo valor. La energía del hijo duplicó la del sacerdote.

Pronto tuvo necesidad de ella: aguardábale una prueba suprema. Hasta entonces Lucila no se había decidido: acogía a Roger con afectuosa simpatía, pero sin que en ella se advirtiese nada que indicara una inclinación marcada ni una resolución tomada. M. Jouvenot había dicho, a pesar de los entusiasmos impacientes de su madre, que su hija sería siempre absolutamente dueña de su decisión. Pero Lucila continuaba callada.

Entretanto iba pasando el tiempo, y la situación se hacía ya casi violenta. Mad. de Sennevaux no dejaba de estar intranquila sin confesárselo a Roger, y Adalberto empezaba a creer en la intervención eficaz de Mad. Descordes.

— Lucila, dijo una mañana M. Jouvenot a su hija, has tenido sobrado tiempo para reflexionar y se te han proporcionado todas las facilidades para juzgar a M. de Sennevaux. La condesa me ha interrogado discretamente acerca de tu resolución, y como va a marchar al campo, es forzoso acabar de una vez. Ya sabes que Mad. de Sennevaux y su hijo vienen esta noche a comer, y yo no puedo por menos de darles una contestación.

— Pues te prometo que tendrás muy pronto la mía, respondió Lucila.

Subió a la habitación que en Thoisy servía de bi-

blioteca, yendo con paso rápido como los que se deciden a dar un paso ante el cual han vacilado mucho tiempo y no quieren dejarse a sí mismos la posibilidad de aplazarlo más.

Pablo estaba solo trabajando.

— Señor cura, dijo la joven, vengo a hablarle a usted de cosas graves y delicadas. Para hacerlo necesito contar con la indulgencia y el cariño que usted me profesa a mí y a los míos. Ya sabe usted lo que ocurre. M. de Sennevaux, su amigo de usted, me ha dispensado el honor de pedir mi mano. Mis padres desean este enlace; pero mi padre quizás ve en él especialmente conveniencias de fortuna y mi madre ventajas de nobleza. Me apremian para dar a conocer mi decisión; hasta ahora he retrocedido; ¡es tan grave esta decisión! Pero tengo en usted una confianza absoluta como amigo y como sacerdote, y necesitando de su seguro consejo, no me atrevía a pedirselo a usted. Sé el gran cariño que tiene usted a M. de Sennevaux, pero conozco también su rectitud y la rigidez de su conciencia. Le debo a usted ya mucho, porque en cierto modo soy su obra... Acuda usted en mi auxilio en esta circunstancia capital. Su parecer será mi ley; diga usted que no, y renuncio a ese matrimonio; dígame que sí, y esta noche contestaré favorablemente a M. de Sennevaux.

— Señorita Lucila, respondió Pablo temblándole ligeramente la voz, tiene usted razón. Quiero a M. de Sennevaux como un hermano; pero por nada en el mundo me decidiría a contestar a usted lo que me pide, en un sentido que le sea favorable, si no estuviese hace tiempo convencido de la excelencia de la elección que hará usted en él. Dios ha permitido que, aun sin saberlo, fuese yo el lazo que los ha unido. Le bendigo por ello y le bendeciré toda mi vida, porque creo que no hay dos corazones más dignos uno de otro que el de usted y el de mi amigo. Estoy seguro de que el cielo bendecirá esa unión, y yo le pediré que agregue a la felicidad de entrambos la parte que pudiera estarme reservada en esta vida.

— Gracias, señor cura, contestó Lucila muy conmovida. Sin el parecer formal de usted, no hubiera querido hacer nada. Pero al dármele tal como acaba usted de hacerlo, me proporciona una gran satisfacción, pues ahora, gracias a usted, he tomado mi resolución, y puedo confesárselo..., a usted solo por ahora..., amo a M. de Sennevaux.

Y levantándose, le alargó la mano, observando con sorpresa que la que le tendía el sacerdote estaba helada.

Mad. Jouvenot recibió una grata sorpresa cuando Lucila, al bajar a su cuarto y abrazándola un poco agitada, le dijo:

— ¡Alégrate, querida mamá. Deseabas saber mi decisión... Con tu permiso que, según creo, obtendré fácilmente, tu hija será condesa de Sennevaux.

— ¡Qué alegría, hija mía, qué contento! ¡Un matrimonio que yo deseaba tanto! ¿Cómo te has decidido tan de repente?

— Me ha decidido el señor cura, cuyo parecer juzgaba necesario sin atreverme a pedirselo.

— Ese hombre es nuestra Providencia... ¡Bendito sea Dios que lo ha traído a nuestra casa!

— Pues bien, mamá, para recompensarle, déjame proporcionarle una gran satisfacción. Sé lo mucho que quiere a su amigo... Permíteme que yo misma dé la noticia a M. de Sennevaux en presencia del señor cura.

Cuando la condesa y Roger llegaron, fácil les fue presentir algo bueno en vista de la animada expresión de todos los rostros. En el momento en que se anunció que estaba servida la comida, Lucila se acercó al capitán, que hablaba con Pablo. Adalberto, callado y ceñudo, estaba junto a ellos.

Lucila miró al sacerdote con intensa gratitud, y como para asociarle a aquel acto decisivo, dijo delante de él a Roger:

— Sr. de Sennevaux, ¿quiere usted dar el brazo a su novia?

Adalberto se estremeció de rabia; Pablo se sonrió y elevó su pensamiento a Dios; quedaba terminada su obra.

## XII

El grupo de paseantes de la plaza Mayor de Ganneville estaba aquel día muy agitado. ¡Dos sucesos importantes a la vez! ¡Qué temas tan inagotables para variaciones y comentarios! Habíase sabido la víspera que el médico había hecho en el mismo día dos visitas en casa de M. Descordes, de lo cual se dedujo, después de pensarlo bien, que había algún enfermo en la casa. En efecto, aquella misma mañana la criada de Mad. Descordes dijo en el mercado al ama de llaves de uno de los paseantes que su se-

ñora estaba enferma del estómago, que gritaba y se retorció como una endemoniada y que el doctor decía que eran crisis simpáticas muy graves.

Discutieron la palabra «simpáticas» y convinieron en que debía estar mal aplicada: los unos decían que sería más bien nefríticas, y los otros que hepáticas. Estos últimos lo deducían de que la enfermedad había sobrevenido a consecuencia de una violenta discusión sostenida entre Mad. Descordes y M. Lechesne al regresar éste de París. Así se sabía por un pasante del estudio de éste. Naturalmente, la bilis..., el hígado... Lo cierto era que Mad. Descordes se encontraba mal y sobre ello se habló indefinidamente. ¿Escaparía de aquella? La enfermedad era a veces peligrosa. Por ejemplo, el capitán Beauvain había visto un hombre que falleció en Argelia a causa de una rabieta durante la campaña del 46 ó 47, no se acordaba con exactitud de la fecha... En una palabra, Mad. Descordes fué sentenciada a muerte por mayoría de votos y se pusieron a hacer una oración fúnebre anticipada que no tenía nada de lisonjera.

Pero otro asunto, no menos interesante, dió nuevo giro a la conversación. Aquella mañana se habían visto dos carruajes y un furgón dirigiéndose a la estación y volver de ella, la carretela con tres señoras; el charabán, guiado por el conde de Sennevaux en persona, con cuatro hombres, entre ellos un adolescente y un sacerdote, y el furgón lleno de baúles que indicaban una residencia de alguna duración. Mademoiselle Juglan aseguraba que entre las señoras había reconocido por su traje a una joven cuyo sombrero había estudiado al paso para hacer uno parecido. Probablemente se trataba de alguna boda. Se hicieron cálculos sobre la edad de Roger de Sennevaux: el capitán Beauvain citó con precisión su hoja de servicios y la de su padre. El inspector de primera enseñanza indicó que su vecino el veterinario sabía por el cochero de Jouy el nombre de la familia forastera..., Rousselot..., Thouvenot..., algo acabado en ot. El sacerdote era Pablo Charlier.

— Pablo Charlier..., ya lo conoce usted.

— No es posible... ¿El hijo de Charlier?.. El que...

— Precisamente.

— Pues qué, ¿es sacerdote?.. ¡Y qué cambiado está!

— ¡Ya lo creo! De quince a treinta años cambia mucho un hombre.

Esto hizo que volviera a tratarse de Mad. Descordes, mezclando la boda prevista con la muerte próxima, y la conversación adquirió tanto interés que, con gran asombro del cafetero, los paseantes llegaron con un cuarto de hora de retraso a jugar su dominio cotidiano.

Todas aquellas noticias eran ciertas. Adalberto, al entrar en la ciudad, tan luego como llegó supo con estupor que Mad. Descordes estaba hacía tres semanas enferma de una fiebre biliosa complicada con accidentes cerebrales muy graves; por consiguiente no había nada que esperar de su concurso. ¡Qué fatalidad! ¡En el momento mismo en que le habría sido más útil! Porque todo iba tan de prisa que las dos familias se habían trasladado a Jouy para pasar en la intimidad el largo tiempo que requieren las formalidades previas del matrimonio de un oficial. El secretario estaba tan furioso que a poco más habría acusado a Mad. Descordes de haberse puesto enferma voluntariamente.

En Jouy todo estaba de fiesta. Hasta la misma naturaleza parecía haberse engalanado con coquetería para aquella reunión. El sol de otoño tendía su manto de oro sobre las amarillentas hojas de los árboles que formaban un nuevo jardín de las Hespérides. Los campos extendían hasta perderse de vista, como un océano sin olas, las florecillas azules de los azafraños. Acá y allá se vendimiaba entre alegres cantos las viñas de los otros. La paz y la alegría reinaban dondequiera bajo la influencia de ese delicioso momento del año que separa los ardores del estío de las severidades del invierno, y en que, en los paseos al suave calor del mediodía sucede la noche, alrededor de los hogares encendidos, con las relaciones que se hacen más íntimas.

Mad. de Sennevaux y Mad. Jouvenot no se separaban. Paseaban, llenas de una dignidad anticipada de suegras, formando mil proyectos, instalando de antemano el nido del joven matrimonio allá, en Tours, compartiéndose el tiempo que pasaría en París; luego la época del veraneo en que todos se reunirían en Thoisy ó en Jouy, para no arrebatarse unos a otros una parte de la dicha común, y sus conversaciones acababan siempre, con los ojos llenos de lágrimas, hablando de los querubines a quienes adoraban ya. Mientras conversaban, vigilaban con mirada voluntariamente distraída la encantadora pareja que circulaba por las alamedas, hermosa como la juventud, risueña como el amor.

M. Jouvenot hacía una guerra sin cuartel a las



perdices y á las liebres de su yerno, persiguiéndolas todos los días sin descanso en compañía del comandante Belamy, amigo íntimo de la casa, ó de Adalberto, malhumorado y sofocado. Herald cabalgaba todo el día en una jaquita, regalo de su futuro cuñado, mientras Pablo le seguía á cierta distancia, desempeñando modestamente su papel de preceptor.

Había terminado la crisis aguda de sufrimiento por que pasara, no porque aún no sintiera bruscos y dolorosos retrocesos de amargura y de protesta, postreras convulsiones de un corazón obligado á extinguirse para siempre; pero poco á poco la herida se cicatrizaba ante la persuasión del deber cumplido, y en aquella alma animosa iba restableciéndose el sosiego, más rápido en medio de aquel país, en que todo le recordaba su madre, sus dolores, sus victorias. Pablo conocía ya el júbilo sublime de los mártires.

En cuanto á la buena Mlle. Larivière, ya no era de este mundo; el cielo se había abierto para ella. Había encontrado á Ravaissón.

Ravaissón era un hombre soberbio, de aventajada estatura, aspecto arrogante, rostro enérgico sin dureza, verdadero tipo de soldado valiente y bondadoso, cuya inflexible severidad en el deber va unida á una sensibilidad infantil en el resto de la vida.

Había sido ayudante en el regimiento del padre de Roger, y unido á su coronel por una de esas adhesiones que rayan en fetichismo. Había estado á su lado en la heroica y legendaria carga de caballería de la Muerte en Morsbroon, en que el torbellino de dos mil coraceros se metió en un largo pasadizo formado por la única calle del pueblo y chocó en sangrienta confusión contra una incontrastable barricada. Al ver á su coronel rodar por el suelo con su caballo, Ravaissón se detuvo, y bajo un fuego terrible y sin hacer caso de que estaba herido, lo levantó y lo sacó moribundo de la mortífera refriega.

El héroe expiró en sus brazos, confiándole sus últimos pensamientos. Sin ocuparse entonces de la batalla, Ravaissón abrió una fosa en un rincón del cementerio de Eberbach, la marcó con una

cruz toscamente hecha con dos ramas, y sacando rápidamente un croquis de los sitios para reconocerlos más adelante, se reunió con los restos de su regimiento.

Después de la guerra, su primer cuidado fué buscar á Mad. de Sennevaux á la que entregó el sable, la cruz y las alhajas del coronel, y legado más precioso todavía, sus postreras palabras para ella y para Roger. En seguida fué á recoger de la tierra, alemana ya, los restos de su coronel, que ahora descansaban en una pequeña capilla, en medio de un plantel de flores, bajo los grandes árboles del parque de Jouy.

Cumplida su misión, Ravaissón dijo sencillamente á Mad. de Sennevaux:

— Ahora, señora condesa, comprenderá usted que no puedo marcharme de aquí. Es preciso que quede alguien del regimiento al lado del coronel. Estoy retirado..., no tengo familia..., tampoco tengo país, puesto que soy de Metz, ni más amigo que el que ahí reposa... Déme usted, si le place, un rincón en alguna parte... Dispongo de buenos brazos, de buenas piernas y de buena vista. Jornalero, jardinero, leñador..., haré cuanto usted quiera, todo, con tal de no separarme de usted, de mi coronel y del niño, á quien hablaré de su padre.

Mad. de Sennevaux le nombró administrador de Jouy, lo que dió por resultado duplicar las rentas de la propiedad, bastante descuidada hasta entonces. Luego, merced á las relaciones de la condesa, el bravo soldado había recibido al cabo de dos años una medalla bien merecida.

Ravaissón vivía allí hacía veinte años, honrado por todos, querido de todos, aunque severo para todos,

y esclavo de Roger desde el primer día. Había adorado al niño, admirado al adolescente, y ahora veneraba al oficial. Formaba parte de la familia, siempre lleno de abnegación, jamás importuno y causando emoción por su culto fiel cuando todas las mañanas, con puntualidad militar, visitaba la capilla y renovaba las flores en la tumba de su antiguo jefe.

Habría sido el más feliz de los hombres, si bajo su enérgico exterior no encerrase un corazón amante y tierno. Todo iba bien cuando la condesa y Roger estaban allí; entonces tenía alguien á quien querer. Pero durante las largas ausencias del oficial, madame de Sennevaux iba raras veces y por muy pocos días á Jouy, y en los intervalos la soledad parecía severa al veterano que á veces suspiraba pensando en un hogar personal é íntimo.

Ahora ya era cosa concluída: no había que pensar en ello, y Ravaissón, que acababa de cumplir los cincuenta, debía perder toda esperanza.

Mlle. Larivière conocía la historia de Ravaissón antes de llegar á Jouy, y le consideraba como uno de esos tipos casi fabulosos de los caballeros de otro tiempo.

Cuando le vió en la mesa sentado á su lado, senci-

es cierto? Tal es mi voluntad, así como la de quien manda hoy aquí como soberana.

— Le aseguro á usted, Sr. Ravaissón, añadió Lucila, que la que le destinamos para esposa es un corazón de oro. La conozco y la quiero hace quince años; es para mí casi lo mismo que es usted para M. de Sennevaux: el cariño y la abnegación personificados. Me alegraría mucho de verla feliz y de conservarla de ese modo á mi lado.

— Señorita, desde el momento en que mi capitán y usted lo mandan... es indudable que debo... Pero ¿podría conocerla?

— Es muy justo. Ya la conoces un poco..., y mira, precisamente aquí viene. Id á pasearos por el parque hasta la hora de comer..., así trabaréis más amplio conocimiento... Señorita Larivière, Ravaissón necesita hablar á usted. Les dejamos solos.

Las aves del cielo fueron los únicos testigos de la conversación del ayudante y el aya. Nadie la supo jamás. Pero Roger observó cuando volvió la pareja llamada por la campana del almuerzo que Mlle. Larivière tenía una mejilla más encarnada que la otra y un rizo ligeramente deshecho... ¡Ah! ¡Los coraceros no pierdan el tiempo en preliminares inútiles!

— Mi capitán, es cosa hecha, dijo el administrador al llegar.

— Muy bien.

Al sentarse á la mesa, Roger levantó su vaso.

— Señores y señoras, dijo, el amor es contagioso. Tengo el honor de anunciar á ustedes el próximo casamiento de M. Ravaissón, administrador de Jouy, con Mlle. Larivière. ¡A la salud de los novios!

Mlle. Larivière bajó púdicamente los ojos y entonces se le pusieron coloradas las dos mejillas.

XIII

— Quisiera... quisiera hablar en seguida al P. Charlier..., ¡en seguida!, dijo con voz ahogada y enjugándose la frente el P. Chavassieux al primer criado que encontró en el vestíbulo de Jouy.

Avisado Pablo, llegó al punto. El vicario, cogiéndole de la mano, le llevó sin hablarle á un banco del jardín, y allí, jadeante, le dijo con voz entrecortada:

— Señor cura..., querido compañero..., vengo..., la caridad... Por esto vengo..., puede usted hacer mucho bien á un alma que muy pronto dejará este mundo... Le conozco á usted, estoy muy seguro... Siempre ha sido usted bueno... Ahora es usted sacerdote..., ¡un digno sacerdote! Por favor..., en nombre de la caridad, no me rechace.

— Señor vicario, contestó Pablo, me tiene usted á su disposición para cuanto desee; pero, por favor, explíquese, pues no sé de qué se trata.

— Es verdad... ¡Dios mío!, estoy tan turbado..., he venido tan de prisa..., muy de prisa, porque el tiempo apremia... Temo que sea ya tarde... Voy á decírselo todo. Me va faltando la cabeza y no quisiera olvidar nada. Pues verá usted: Mad. Descordes..., ya sabe usted..., la parienta, la prima de su padre de usted... ¡Dios mío! No hay que ser muy severo... Sé que ha cometido faltas, que se ha portado muy mal con el buen padre y la digna madre de usted... ¡Oh! ¡Su madre era una santa! Sí, es verdad, y con usted también ha sido culpable, muy culpable, lo reconozco. Pero en fin, la caridad... Dios es misericordioso. Rogáremos por ella... Y usted también, ¿no es verdad? Usted rogará por ella, aunque... ¿Olvidará usted todo el mal que ha querido hacer á los suyos y á usted mismo? Dígame tan sólo que sí, é iré á anunciárselo...

— Sí, cien veces sí, y con todo mi corazón, interrumpió Pablo, ante quien aparecieron bruscamente todos los tristes días del pasado, pero ignoraba el papel odioso que había desempeñado Mad. Descordes.

(Continuará)



Herald cabalgaba todo el día en una jaquita...

llo, modesto, dulce y bueno, se volvió loca. ¡Era el ser soñado tan largo tiempo esperado! Todo lo demás no había sido más que quimera... Ravaissón era la verdad.

Los enamorados son muy perspicaces en cuestiones de amor. Lucila y Roger adivinaron muy pronto la pasión naciente del aya, y se les ocurrió una idea original.

— ¡Ravaissón!, gritó el capitán con voz de mando.

— ¡A la orden, mi capitán!

— Acércate.

— Obedezco.

— Siéntate con nosotros en este banco.. Tenemos que hablar... ¡Ravaissón, vas á casarte!

— ¡Yo, mi capitán! Señorita, con perdón sea dicho, creo que su novio de usted se burla de mí.

— No, Sr. Ravaissón, habla formalmente.

— Oye, mi buen amigo. Tienes cincuenta años, estás robusto como un roble y derecho como hoja de sable. Pero esto no ha de durar siempre. De aquí á algunos años vendrá la rebaja... Aprovechate de lo que te queda, pues aún es tiempo... Hay una mujer que te ama..., ¿entiendes? Siendo tan bueno como eres, supongo que no querrás hacer desgraciada á una mujer... La señorita Lucila y yo nos encargamos de los dotes... Así lo he decidido, y no hay más que hablar.

— Pero ¿no me iré de aquí?, preguntó tímidamente Ravaissón.

— ¡Irte de aquí! ¡Pues no faltaba más! Antes se hundiría la quinta... Al contrario, en vez de ser uno aquí, seréis dos, y ¿quién sabe?, quizás el año que viene seáis tres... Conque estamos entendidos, ¿no



DISTINTIVOS É INSIGNIAS

DEL EJÉRCITO FILIPINO

La mejor explicación de estos dos grabados son los siguientes párrafos de la carta que nuestro corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez nos remite acompañando estas y otras fotografías que hemos reproducido:

«Como cosa á mi juicio curiosa y que da una idea del gusto que han tenido los filipinos al escoger los distintivos y divisas ó insignias, les mando las dos siguientes fotografías, por las que observarán no han caído aquéllos en ridículo.

»La de los distintivos está tomada del natural y las dimensiones son exactas.

»El triángulo que aparece en la parte superior es dorado y lo usan en el frente de las gorras los generales y jefes.

»La estrella de ocho puntas es dorada y sólo la usan los generales.

»La estrella de cinco puntas la usan plateada los tenientes y capitanes, y dorada los comandantes y coroneles.

»Son plateados los distintivos correspondientes á ingenieros, caballería y administración militar.

»Estado Mayor, artillería, infantería, Sandatahan (cuerpos de macheteros), telégrafos y Sanidad militar usan las insignias doradas, á excepción de los círculos concéntricos de infantería y Sandatahan, que son plateados.

»La escarapela es de tela encarnada el primer círculo; el segundo azul turquí, y en el centro el triángulo plateado, que constituyen los colores de la enseña de la República Filipina. Esta escarapela es reglamentaria, así para los generales como para el último soldado.

»La otra fotografía en la que figuran las insignias de los generales, jefes y oficiales del que ya puede denominarse justamente ejército filipino, está tomada del dibujo á mano y colorido que en la Secretaría de Guerra me facilitaron. El dibujo figura sobre una hoja de papel catalán.

»Las clases de estrellas y metal de que se componen quedan indicadas en la descripción correspondiente á distintivos de los cuerpos.

»En las mangas no usan distintivo alguno los generales, jefes y oficiales, concretándose aquéllas á las clases de cabos y sargentos.

»El traje que usan todos los cuerpos es el de rayadillo, á excepción del Estado Mayor y generales, que han adoptado el del ejército yanqui, de tela kake. El color de esta tela es de canela, y según aseguran muy sufrido y poco visible.

»Las hombreras tienen los colores siguientes:

- »Estado Mayor. — Azul.
- »Ingenieros. — Morado.
- »Artillería. — Encarnado.
- »Infantería. — Negro.
- »Caballería. — Verde
- »Cuerpo Jurídico. — Blanco.
- »Sanidad Militar. — Amarillo.
- »Administración Militar. Amarillo.»

\* \*

EL SENTIMIENTO

DE LA CARIDAD EN LOS PÁJAROS

Pocas cuestiones han sido objeto de tanta discusión como la del instinto é inteligencia de los animales. Las controversias se reproducen sin cesar, y mientras nosotros, siguiendo la célebre

tesis de Descartes, sólo admiten el instinto, otros consideran los actos más notoriamente instintivos como manifestaciones de una inteligencia real y verdadera.

Aunque la moderación y el justo medio tengan,

por lo general, pocos partidarios, la verdad se encuentra en el término medio de aquellas dos teorías, y si bien hay actos que sólo el instinto ha podido provocar, ¡cuántos se han observado que indican con evidencia absoluta el raciocinio en los que los ejecutan! Y de actos de estos se encuentran ejemplos notables hasta en las especies consideradas como poco inteligentes. Los pájaros nos dan de ello repetidas pruebas.

Razonar para sí, para su propio bien, en su propio interés, es algo ya que se aproxima á la inteligencia tal como la comprenden y la ejercen muchos hombres; pero razonar para el bien ajeno, poseer el sentimiento de la caridad, de esta virtud que estimamos la más hermosa y de la que hacemos patrimonio exclusivo de la especie humana, es cosa que los promotores del instinto jamás concederán á los animales, y sin embargo, el hecho es cierto y hay multitud de ejemplos que han permitido comprobarlo.

El raciocinio de los pájaros, el que se refiere á ellos mismos ó á su progeneritura, se manifiesta especialmente cuando se trata de la construcción del nido, de su adaptación, de la protección y educación de las crías, y aun se han señalado casos de adopción entre especies diferentes: un pitirojo que adopta á un pequeño pardillo abandonado por sus padres; una hembra de papagayo gris que alimenta á pequeños pinzones y luego á unos gorriones.

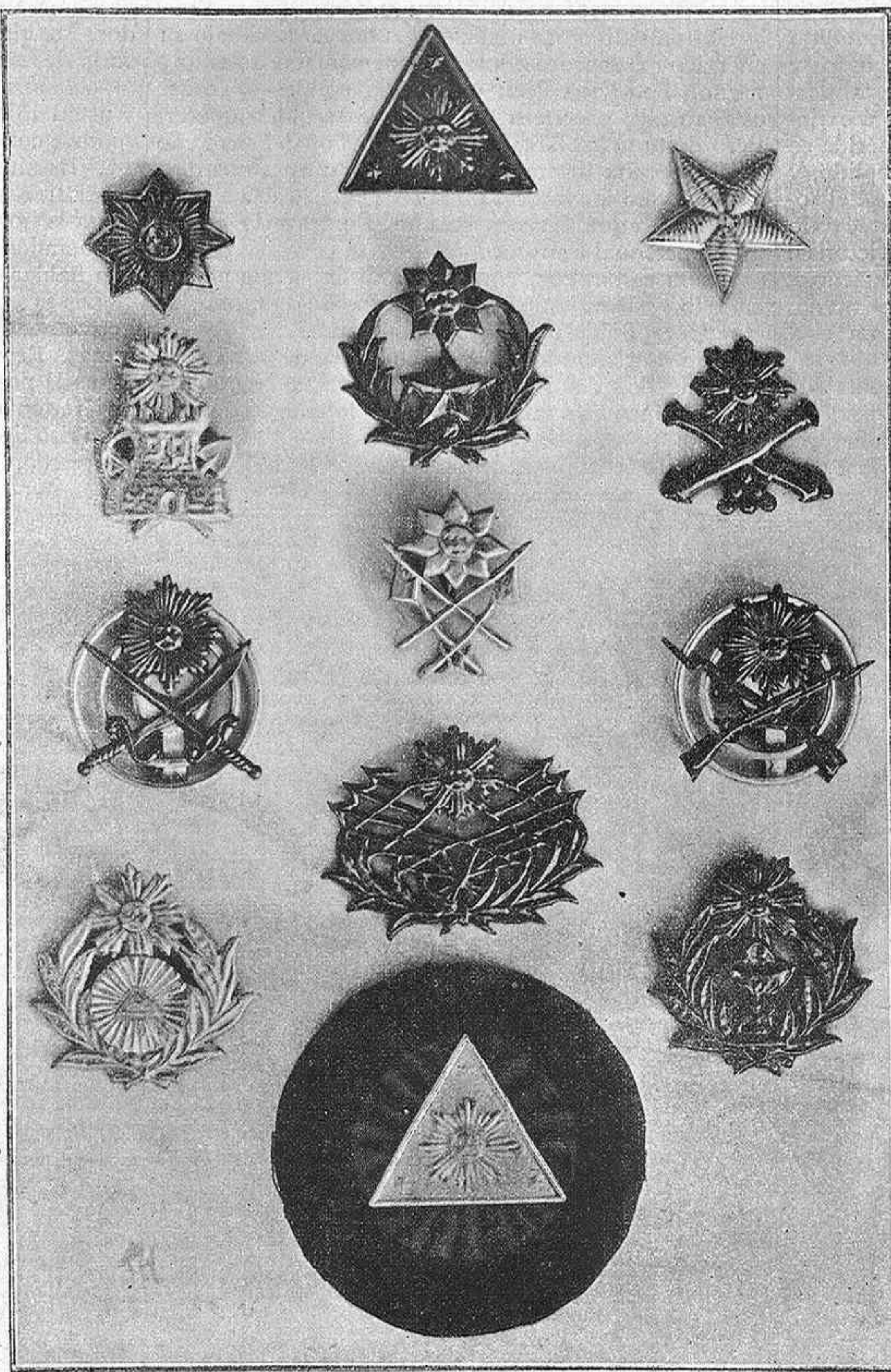
En rigor pueden clasificarse estos actos como desviación del instinto maternal, aunque para ellos sea necesaria una parte de inteligencia; pero ¿qué explicación se dará á un hecho recientemente observado en la sección zoológica del Jardín de Plantas de París y que demuestra claramente que el pájaro experimenta á veces un sentimiento de compasión y caridad muy razonado, que ninguno de los instintos ordinarios del animal podría despertar?

En una jaula estaban encerrados dos de esos encantadores timeliidos de la región del Himalaya que Sonnerat ha denominado *abejarucos de Nankin* y que los ornitólogos designan con el nombre de *Leisthrix lutea*. Eran dos hembras que vivían en perfecta armonía aunque sin gran intimidad. A fines de febrero, un cardenal gris que habitaba en la misma pajarera se peleó con uno de aquellos abejarucos, y después de haberle arrancado gran número de plumas, ¡siempre el derecho del más fuerte!, le rompió una pata de un tremendo picotazo. El pobre herido no podía sostenerse en la alcándara y se arrastraba penosamente por el suelo tiritando de frío bajo su pelada piel. Entonces su compañero se apiadó de él, y todas las noches bajaba á situarse á su lado llevando en su pico briznas de hierba para prepararle un lecho y evitar que sus doloridos miembros estuvieran en contacto con el suelo, hecho lo cual se dormía junto al enfermo, cubriendo á éste con su ala y permaneciendo así toda la noche.

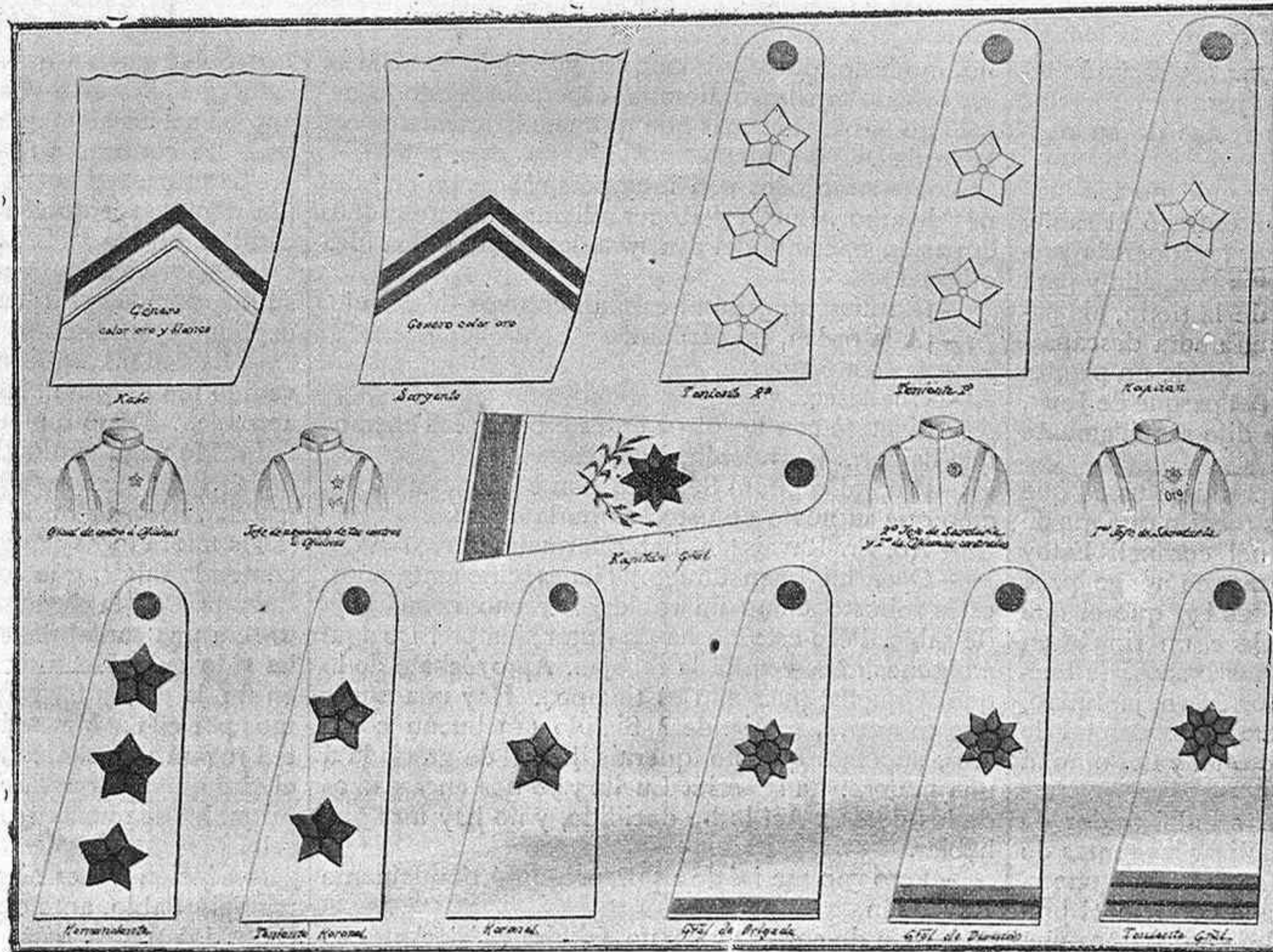
Durante una semana entera, jamás faltó á su misión caritativa, y cuando vió morir á su amigo, que falleció á pesar de tan solícitos cuidados, se puso triste, comió apenas, permaneció inmóvil en un rincón de la jaula y acabó por morir también.

¿Qué instinto pudo inducir á ese pájaro á realizar tales actos? Ninguno: en la conducta del abejaruco todo es sentimiento y raciocinio.

A. MILNE-EDWARDS



GUERRA DE FILIPINAS. — DISTINTIVOS USADOS EN EL EJÉRCITO FILIPINO (de fotografía, propiedad de D. M. Arias y Rodríguez, de Manila)



GUERRA DE FILIPINAS. — INSIGNIAS DE LOS GENERALES, JEFES Y OFICIALES DEL EJÉRCITO FILIPINO (de fotografía, propiedad de D. M. Arias y Rodríguez, de Manila)



COMBUSTIÓN ESPONTÁNEA DE LOS HENOS

Cada día se marca más claramente el papel que en la agricultura representan los microorganismos ó microbios.

Gracias á los trabajos de los discípulos de Pasteur, descúbrese á cada paso que tal fenómeno que hasta hace poco era imputable á acciones puramente químicas debe ser en realidad atribuído á organismos infinitamente pequeños que descubre el microscopio.

Ahora bien: en agricultura como en medicina hay microbios buenos y malos: entre los primeros, y aparte de los fermentos del vino, de la sidra, de la cerveza, del vinagre, de la leche y de los quesos, debe mencionarse el microbio de la nitrificación, el que fija el ázoe libre de la atmósfera en las raíces de las leguminosas y en otras muchas. Son microbios benéficos.

Entre los segundos, dejando aparte los microbios patógenos que ocasionan las enfermedades de los animales domésticos y las transmisibles de los animales al hombre, conviene hacer mención de los microorganismos que originan las enfermedades del vino, de los gusanos de seda, del microbio de la denitrificación, los de la putrefacción, etc., etc.

Recientemente se ha añadido otro á esta lista y por cierto muy inesperado: es la bacteria que produ-

ce la combustión espontánea del heno. Estos microbios incendiarios han recibido el nombre de *termofilos*, para recordar su papel.

La cuestión de la combustión espontánea del heno ha sido objeto de muchas controversias; pero se ha vuelto á suscitar en estos últimos años, y en virtud de numerosos ejemplos se ha venido á parar en la afirmativa. Hace muy poco tiempo que M. E. Mer ha descrito, en una interesante comunicación á la Sociedad nacional de agricultura, la marcha de este fenómeno, que ha podido observar en su finca de Longemen, en los Vosgos, en 1896 y 1898.

Según las observaciones de este agrónomo, la combustión espontánea tiene por causa el gran calor que resulta del exceso de fermentación del forraje que se ha almacenado demasiado húmedo. El fenómeno se produce sobre todo cuando no se tiene cuidado de dejar algún tiempo el heno en el prado para que *despida todo su fuego*.

Un agrónomo alemán, M. Hapcke, había demostrado ya que provocaban la combustión las bacterias que en número considerable se encuentran en los henos imperfectamente desecados. «No se ha querido ver, en su presencia, la causa principal de un caldeo suficiente para producir la inflamación de los forrajes, y en efecto, no resisten una temperatura de 80°. Pero las recientes indagaciones han probado que si

estos microorganismos perecen á 80°, sus esporos, muy resistentes, soportan grandes elevaciones de temperatura sin sucumbir.»

Sin extendernos más sobre la marcha de este fenómeno, deduciremos las consecuencias que de él se desprenden:

1.º Que jamás se debe almacenar la hierba el mismo día en que se ha segado, aunque parezca seca.  
2.º Que no se debe amontonar el forraje húmedo todavía cuando se le extiende por capas en los graneros ó en los heniles.

3.º Que en los graneros son preferibles las paredes de tablas á las de mampostería, porque es más fácil la circulación del aire. Si á pesar de estas precauciones la fermentación fuese demasiado activa, habría que practicar en la masa del heno algunos huecos profundos ó chimeneas destinadas á la ventilación del forraje.

La salazón del heno es también un excelente preservativo de la combustión; además, la presencia de la sal, excelente antiséptico, le preserva de florecerse.

En resumen, no se deben almacenar los henos demasiado secos ni demasiado húmedos; es menester que conserven cierta proporción de agua que la práctica enseña á determinar; pero también es indispensable una ventilación suficiente para evitar la combustión espontánea. — A. L.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +  
LAS DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE. REGULARIZAN LOS MENSTRUOS  
CAPSULAS DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE. EVITAN DOLORES, RETARDOS  
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS  
PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES  
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL  
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALDESPEYRES  
78, Faub. Saint-Denis  
PARIS  
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION  
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION  
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
LA FARMACIA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ACRITUD DE LA SANGRE  
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR  
CELEBRE DEPURATIVO VEGETAL  
prescrito por los Médicos en los casos de  
ENFERMEDADES DE LA PIEL  
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.  
102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

El único Legítimo  
VINO DEFRESNE  
con PEPTONA  
es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.  
PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf  
Y EN TODAS FARMACIAS.

Jarabe de Digital de LABELONYE  
contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.  
Empleado con el mejor exito  
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.  
Ergotina y Grageas de HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.  
Médalla de Oro de la Sa<sup>d</sup> de Fia de Paris  
LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PILDORAS BLANCARD  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.  
PILDORAS BLANCARD  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.  
PILDORAS BLANCARD  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA  
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS, NEURALGIAS  
Suprime los Cólicos periódicos  
E. FOURNIER Farm<sup>a</sup>, 114, Rue de Provence, en PARIS  
MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
Desconfiar de las Imitaciones.

Jarabe Laroze  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S<sup>o</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
Fabrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES del ESTOMAGO  
Pepsina Boudault  
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>r</sup> CORVISART. EN 1856  
Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
1867 1872 1873 1876 1878  
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT  
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

AVISO A LAS SEÑORAS  
EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE  
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS  
FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD  
En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION ASMA y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.  
25 años de éxito. Med. Oro y Plata  
J. FERRE y C<sup>ia</sup>, P<sup>os</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en ojas, para la barba, y en 1/2 ojas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.





JESÚS Y SUS DISCÍPULOS, cuadro de Augusto de Brandis (Exposición de Bellas Artes de Munich. 1899)

## JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias  
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abofoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECHO y de los INTESTINOS.

## VINO AROUD

**CARNE-QUINA-HIERRO**  
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR  
*prescrito por los Médicos.*

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.*

102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

Las  
 Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
 DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

## EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

## GARGANTA

VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.— Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

## ENFERMEDADES DE ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



## ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD CURADAS POR EL VERDADERO HIERRO QUEVENNE

Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

## AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

## PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.